

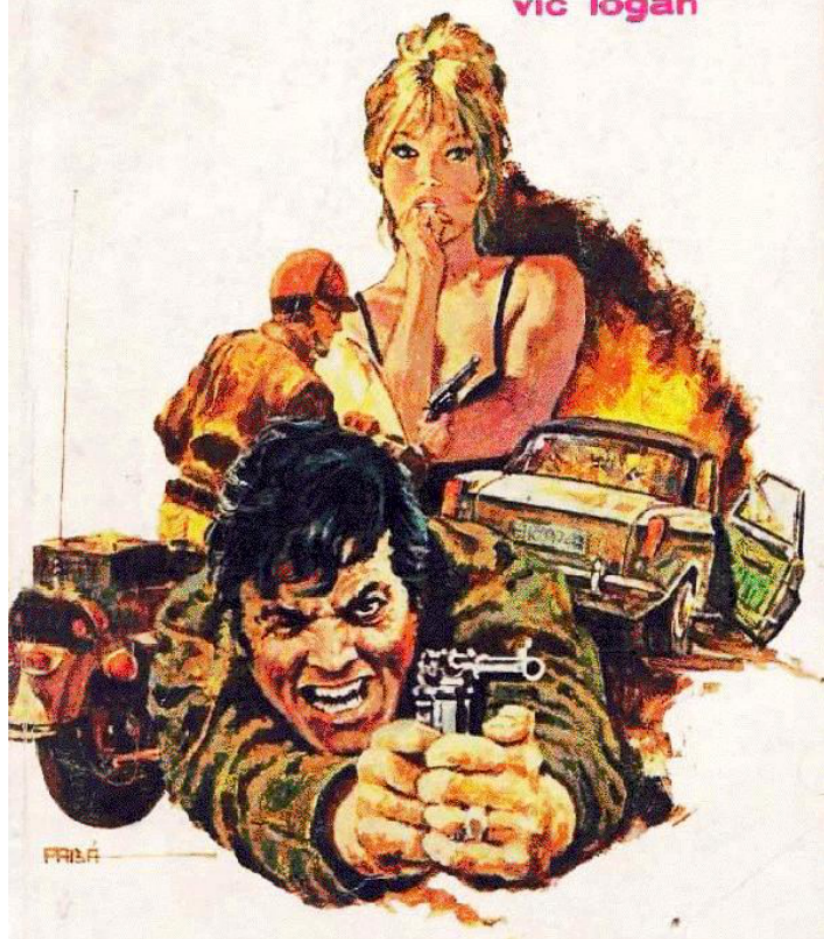
BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

amenaza en la ciudad

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



VIC LOGAN

AMENAZA EN LA CIUDAD

Colección **PUNTO ROJO** n.º 721
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 51.424 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1976

© Vic Logan, 1976

texto

© Salvador Fabá, 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.304 — Conspiración perfecta.

En Colección PUNTO ROJO:

701 — Corrupción.

En Colección ASES DEL OESTE:

652 — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

888 — Tierra de colosos.

En Colección KANSAS:

863 — Siembra de violencia.

En Colección BRAVO OESTE:

584 — Pareja de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

864 — Senderos de venganza.

En Colección COLORADO:

877 — La muerte visita Wyoming.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

244 — La cañada del lobo.

En Colección MUJERES MARCADAS:

286 — Otoño sin esperanza.

CAPÍTULO PRIMERO

Fue un crimen vulgar. Uno de tantos que se cometen a diario en nuestros tiempos.

Sin embargo aquello precisó ser el arranque de algo mucho más complejo.

Ocurrió en una localidad de los Estados Unidos. Una ciudad de 35 000 habitantes, policialmente regida por el capitán Cobb, o jefe Cobb como solían llamarle.

Transcurrían las últimas horas de la tarde, cuando un joven de largas melenas salía de una popular sala de billares de la localidad.

Al mismo tiempo, un automóvil oscuro arrancaba a unos cincuenta metros del local a gran velocidad.

El melenudo fue sin duda el único que no llegó a enterarse de nada, porque ni siquiera pudo ver la metralleta que asomaba por la ventanilla trasera del vehículo.

Sonó una ráfaga de tiros, cuyas balas se incrustaron en las paredes y rompieron cristales. Lo malo para el de las melenas fue que dos de estas balas se alojaron en su cuerpo.

Murió instantáneamente.

Todo había sucedido en medio minuto escaso.

Una hora más tarde, en el puesto de policía, el veterano capitán Cobb tenía ante sí al teniente O'Neil.

—Jack. Ocupate del asunto del melenudo. Apuesto que se trata de un ajuste de cuentas. No vas a encontrar facilidades, pero esto no es nuevo para nosotros.

Jack

O'Neil

tomó el informe que le tendía el capitán. Le echó una rápida ojeada y murmuró:

—Todavía ando con el asunto de la licorería. Cada vez que paso por delante aparece Brown para apremiarme. Cree que estamos cruzados de brazos.

—No le hagas caso a ese cretino. ¿Cuánto fue lo que le robaron? Mil doscientos dólares, ¿no?

—Sí. He estado vigilando a los empleados. Hace dos semanas y nadie ha gastado más de la cuenta. Le he dicho que tenga paciencia, que si el ladrón está entre su gente lo atraparemos, pero él sólo piensa en su dinero.

Y no es que lo critique, pero alguien debería decirle que la policía no puede hacer milagros.

—Díselo. Tienes mi permiso.

—Ya lo hice y no quieras saber lo que me contestó. Éste es de los de la camarilla de Newman.

El capitán se puso en pie:

—Jack, yo siempre he tenido confianza en ti. Te he propuesto para que ocupes mi puesto.

—Entonces. ¿Va en serio, Cobb?

—Sí. Me largo.

—Pero...

—Con el caso del melenudo te he dado mi última orden. Estoy decidido. Son muchos años. Cuarenta casi...

Y he hecho un balance de lo que he ganado. Perdí un hijo por una estúpida venganza y no pude estar al lado de mi esposa cuando murió porque estaba cumpliendo un servicio ineludible. Y total. ¿Para qué? No tengo nada. Una simple pensión y el olvido... No, Jack. No es fácil este oficio. Si aciertas, te dicen que no has hecho otra cosa que cumplir con tu deber. Si te equivocas piden tu cabeza... Pero ¿qué quieres? Yo siempre lo he entregado todo porque me gustaba, aunque llega un momento que uno piensa si ha valido la pena...

—Pareces desmoralizado —repuso Jack O'Neil.

—Tal vez estoy intentando desmoralizarte a ti.

—Conozco el oficio. Tengo treinta y cinco años y llevo quince en él. Quizá no haya vivido todavía lo peor. Pero me ocurre lo que a ti. Me gusta.

—No confíes, Jack...

—¿Confiar?

—Me refiero al puesto. Eres demasiado amigo mío. Creen que seguirás mi política y esto no gusta a según quien. Necesitan un hombre que se deje manejar.

—¿Farrell?

—Farrell y Newman son amigos. Y Newman tiene en un puño a los electores. Nadie quiere dejar su puesto. Así que... el plato de la balanza ya sabes siempre de qué lado se inclina en estos casos.

—Bien. No me haré ilusiones.

—Tampoco quiero que seas pesimista, Jack. Mi palabra aún tiene valor y mi recomendado eres tú. Pero desgraciadamente no puedo ser yo quien diga la última palabra.

Jack miró a su jefe, más como amigo que como superior. Le pareció un hombre agotado, cansado, casi asqueado de vivir.

—¿Nos veremos?

—He llevado todo este asunto sin demasiada publicidad ¿sabes? Esta noche lo sabrán todos. Mañana me despediré oficialmente. Mi petición de renuncia estaba formulada desde hace tres meses...

—Bien, Cobb... No sé qué decirte.

—Yo sí, Jack. Ve a cumplir con tu deber. Si quieres seguir defendiendo la ley, ocúpate del asunto del melenudo. ¡Anda! Ya hemos charlado demasiado tiempo.

Al salir del puesto policial Jack
O'Neil
se cruzó con Farrell.

Mike Farrell ostentaba la misma graduación: teniente. Era más joven y aventajaba a Jack en mano izquierda.

Farrell quizá no era tan buen policía; era menos intuitivo y demostraba menos experiencia, pero lo suplía con su política. Farrell sabía contentar a todos y conocía perfectamente a las personas que podían ayudarle en su carrera. Y estaba a bien con ellas.

—¿A casa, Jack? —inquirió cuando éste iba a subir al automóvil.

—No. El viejo me ha encargado lo del melenudo.

—Una perita en dulce para ti —sonrió Mike Farrell.

—¿Tú crees?

—A ti te será fácil. Coges a un par de tipos les fulminas con tu mirada y hablan antes de que empieces a molerles a palos. Te

conocen.

—Cada cual tiene sus métodos, Mike. Yo no me meto con los tuyos.

—Era sólo una broma. A ti te va la cosa. Tienes la mirada de hielo. ¿No te lo han dicho?

—Y tú sonríes demasiado, Mike. —Jack dijo las últimas palabras ya dentro del coche que puso rápidamente en marcha.

Seis minutos más tarde, el auto se detenía frente a los billares.

Habían retirado ya el cadáver, y sólo quedaban un par de policías de uniforme. Jack echó un vistazo y luego preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Nadie; se han ido todos, excepto el Chino. ¿Necesita ayuda, teniente?

—No. Sólo quiero hacerle un par de preguntas. —Y Jack se metió en el local.

Bajó los dos escalones y se dirigió a la barra. Los billares estaban más atrás, en la parte posterior del local. No había nadie y las luces de aquella zona permanecían apagadas.

El único cliente que estaba en la baña era un tipo de edad indefinida, musculoso y de rostro achinado; aunque tenía nombre americano, todos le conocían por el Chino.

Y el Chino al ver al teniente dejó un par de billetes sobre el mostrador y bajó del taburete haciendo intención de marcharse. Jack le retuvo.

—Un momento. Necesito que me des un par de nombres.

El individuo miró al policía y permaneció silencioso.

—¡Oye, Chino! ¿Te has vuelto mudo? Cuando hablo, me gusta que me contesten. Vamos, suelta la lengua.

—Yo no sé nada. Lo mismo que los otros. ¿Sabe? ¿Por qué se mete conmigo?

—Te he dicho que sólo quiero saber un par de nombres. No te he preguntado nada más. —Jack le miró fijamente. Tal vez Mike había tenido razón en lo de su mirada. Tenía dureza, fiereza a veces, y siempre era como el hielo.

—¿Qué nombres? —murmuró el Chino.

—El melenudo tuvo una pelea días pasados. Quiero los nombres de dos de aquellos tipos.

—Yo...

—Vamos... Es muy tarde y estoy cansado, Chino. Tú te vas a casa pero yo todavía tengo mucho que hacer.

—Bueno... Yo... Apenas les conozco, sé que uno se llamaba Slake... Es todo lo que puedo decirle.

—¿Bill Slake?

El Chino asintió.

—Buen muchacho —agradeció fríamente y añadió refiriéndose al tal Slake—: Sé dónde encontrarle.

Iba a salir, pero lo pensó bien y se dirigió hacia el teléfono. Introdujo una moneda, marcó un número y aguardó.

Al otro lado del hilo, en un pequeño salón, una muchacha de quince años descolgó el auricular.

—Soy yo, Jenny.

—¡Hola, papá! —saludó la muchacha.

—Quizá regrese un poco tarde. Supongo que habrás cenado ya.

—Sí, papá, he tenido que hacerlo porque tengo que salir.

—¿Dónde?

—Me ha salido un trabajo. Es para dos o tres horas.

—Hummm. Sabes que no me gusta...

—Papá, no discutamos por teléfono sobre este asunto. No hago nada malo y de este modo puedo disponer de algún dinero.

—Mañana hablaremos de esto de una vez...

—¡Como quieras! Pero dudo que logres convencerme. ¡Oh, papá! Cuidar de un niño cuando sus padres salen por la noche no es un delito y así contribuyo a pagar mis estudios...

—Te digo que ya hablaremos. ¿Dónde vas?

—No lo sé. Me lo dirán por teléfono. Me han llamado de la agencia del señor Bert. Te lo dejaré anotado en un papel. ¡Ah! Tienes la cena en el horno para que se conserve caliente... El horno está apagado, por supuesto —añadió con una sonrisa.

—Está bien, cocinera. Nunca puedo reñir contigo, pero tendré que ir a echar una parrafada con ese Bert.

—¡Oh, papá! No me estropees el trabajo.

—Ya está bien de charla por hoy. Seguramente nos veremos cuando regreses, porque espero llegar antes que tú...

Se despidió de su hija y colgó pensativo.

De vuelta al coche se decía a sí mismo:

—Éste es otro problema...

Casado a los diecinueve años cuando todavía era voluntario en la Marina, nació Jenny. Apenas dos años después perdió a su mujer. Viudo a los veintidós y padre de una muchacha de dos años empezó su odisea a una edad en que generalmente solo se piensa en divertirse.

Pero Jack no. De ahí arrancaba su carácter un tanto amargo. La vida le había enseñado muchas cosas prematuramente.

Hubiera podido dejar a la muchacha en casa de sus padres, pero quiso cuidar de ella por sí mismo y cumplir con sus deberes de padre.

Cierto que primero vivió con la familia. Pero él aportaba el dinero para mantenerse ambos.

Realizó varios oficios hasta pasar al de detective privado en unión de un antiguo compañero. El negocio fue mal y entonces le hablaron de ingresar en la policía.

A los veinticinco años dirigía el tráfico y estudiaba en la academia. Su rapidez de reflejos, su perfecta e idónea condición física y las inmejorables calificaciones que consiguió le hicieron ascender rápidamente hasta conseguir el grado de teniente.

Ésta había sido a grandes rasgos su vida.

Ahora no podía quejarse demasiado. Tenía un sueldo y podía pagar el alquiler de una casita que entre su hija y él decoraron, pero los ingresos no daban para mucho más y Jenny había salido estudiosa y espabilada. No se conformaba con terminar el curso en el Instituto sino que además deseaba tener una carrera. Quería ser médico. La habían aceptado en el hospital como ayudante de una de las enfermeras, y además estudiaba en la facultad, pero eso costaba dinero y para no sacarlo del sueldo de su padre, aceptaba aquellos trabajos consistentes en cuidar los hijos de los vecinos que deseaban salir un rato al cine sin tener que dejar solos a los retoños. A veces acudía a casa de algún enfermo que la familia no quería dejar solo en su ausencia.

—Jenny... Todo ese dinero puedo dártelo yo. Iremos un poco más estrechos, pero no me importa.

—No, papá. Ya tengo edad para hacer algo por mí misma. Sé que es muy poco, pero no sería justo que tú tuvieras que cargar con todo.

Esas palabras se habían repetido a menudo durante el poco

tiempo de que disponían para hablar, porque ella con los estudios y él por su trabajo había días que apenas tenían tiempo de darse las buenas noches.

Y Jack seguía pensando:

—Si consiguiera la plaza de Cobb, podría disponer de más dinero... Pero ya lo ha dicho el viejo. Mike tiene mano derecha... Lo que nunca haría yo es suplicar a nadie. Las cosas deben ganarse por méritos... ¡Bah! Mejor no pensar en esto...

Sí, mejor no pensar en eso, porque aquella noche, Newman, político, el hombre fuerte que podía manejar votos, hablaría del asunto con otras personas y expresaría su opinión.

Harry Newman diría por ejemplo:

—Yo no digo que

O'Neil

sea un mal policía, pero no es el hombre que necesitamos.

Y alguien replicaría:

—Usted tiene mucha influencia con el gobernador, Newman, Estoy seguro de que le oirá...

Pero volvamos con Jack y su misión actual.

Había llegado a su destino, una barriada de las afueras. Más allá sonaba la música procedente de un *dancing* de mala nota.

Subió una escalera exterior que crujió con el peso de su cuerpo y llamó a la puerta del piso alto.

Abrió una muchacha provocativa, parecía medio bebida y habló con tono insultante.

—Tenemos visita, chicos. Un polizone.

—¿Qué diablos se le ha perdido por aquí? —gritó una voz en el interior.

Alguien rasgaba una guitarra. Olía a alcohol barato y a tabaco.

—Busco a Slake.

Nadie parecía hacer caso.

La muchacha seguía en la puerta riendo y cortándole el paso con la mano. Apoyado a un lado y haciendo barrera acentuó su sonrisa.

—Creo que no hay suerte, poli —dijo.

—Aparta.

—¡Oiga! No puede entrar. Los polis no pueden entrar sin un mandamiento. Yo también sé leyes.

—Oye, nena —pensó un momento en su hija. Aquella quizá no

tendría más años. Iba a apartarla pero prefirió emplear otro método —. Los polis quizá no puedan, pero yo sí.

La miró fijamente. Ella vaciló.

—No volveré a, repetírtelo, mocosa.

—¡Ya está bien! —dijo entonces una voz perteneciente a un tipo desgreñado, con barba de un par o tres de días y con aspecto insolente.

Era Slake.

—Sal. Hablaremos —dijo el policía.

—¿Qué diablos quiere de mí?

—Te lo diré en cuanto estemos a solas. Quiero hablar contigo amistosamente —lo dijo en tono suave; era cuando resultaba más peligroso. Los que habían tenido que ver con él, conocían aquel tono.

—Esto es un abuso, yo... —Slake se resistía.

—¡Sal, bastado! ¡Baja esta escalera de una maldita vez si no quieres que te ayude yo a bajarla! —esta vez Jack gritó.

Slake sabía qué era el paso anterior a «ayudarle» a bajar la escalara y prefirió prescindir de la ayuda...

Caminaron por un callejón, alejándose de la zona poblada. Había oscurecido por completo, sólo llegaba el reflejo de la luz de alguna ventana.

—¿Has pasado toda la tarde con esos amigos?

—Sí.

—¿Desde qué hora? —No sé... ¿A qué viene eso?

—El que pregunta soy yo.

—Bueno. ¿Qué busca? También tengo derecho a saberlo.

—Han matado a Rivers, el de las melenas.

—¿Le han...? ¡Je! ¿Y piensa que yo...?

El policía le miró fijamente. A pesar de la frívola respuesta de Slake, había advertido un cierto temor en su rostro.

El joven se apartó del rayo de luz de una ventana que le daba en el rostro como si quisiera ampararse en la oscuridad.

—¿Sabes quién ha podido ser?

—Hemos estado juntos toda la tarde. Puede preguntar.

—Apuesto a que todos te apoyan, Slake. Sois una pandilla perfectamente avenida. No preguntaré por ahora. Sólo a ti.

—Yo no sé nada.

—¿Ha salido alguien de vuestro grupo?

—Le he dicho que no.

—Han acribillado al melenudo, con una metralleta... ¿Qué dices a esto?

—Bueno. ¿Y qué? Tenía que acabar así. Era un bastardo...

El policía, tras un silencio, reaccionó de una forma que Slake no esperaba. Le sujetó por la ropa con tanta fuerza que a punto estuvo de romperle la camisa.

—¿Y tú qué eres, si él era un bastardo, tú qué eres?

Antes de que el joven pudiera replicar, se abrió una ventana y alguien arrojó una piedra desde ella.

No era una piedra grande, pero hubiera podido hacer un buen chichón a Jack si éste, intuitivamente, no se hubiese apartado a tiempo, sin soltar por ello a Slake.

Se volvió hacia arriba. La ventana se cerró de golpe.

Soltó a Slake advirtiéndole:

—No te muevas. Todavía no he terminado contigo. —Dicho lo cual se metió en un portal y subió rápidamente la escalera hacia el primer piso.

Iba a cargar contra una puerta cuando vio que alguien huía a través de un corredor que comunicaba con la azotea. Eran dos tipos, dos melenudos a los que siguió con grandes zancadas.

Alcanzó al primero, al que derribó poniéndole la zancadilla. Al otro lo paró tirándole del pelo.

Desde la calle, Slake pudo oír la contundencia y sonoridad de media docena de cachetes. Por el ruido, pensó Slake que se trataba de tortas de las que no se olvidan.

Y todavía sonó la voz de Jack advirtiéndole:

—La próxima vez que os entren tentaciones de arrojarme algo pensadlo, porque si lo hacéis, os aseguro que nos os reconocerá ni vuestra madre, si es que alguna vez la habéis tenido.

Y volvió con Slake... Éste parecía haber perdido agallas. Jack estaba de mal talante y no convenía enfurecerle:

—Mi hermano y yo nos peleamos una vez con él y los de su pandilla. Pero ya no ha vuelto a pasar nada.

—Mejor que sea así, muchacho, pero si recuerdas algo, avísame antes de que tenga que averiguarlo yo.

Slake asintió, y Jack dio la vuelta y al pasar nuevamente por

delante de la casucha miró al piso alto.

Disimuladamente, los amigos de Slake desaparecieron. No debían tenerlas todas consigo cuando habían decidido dejar de reír y rasgar la guitarra para tratar de enterarse de lo que ocurría.

Se metió en el coche y arrancó rápidamente. Lo que hizo, sin embargo, fue a dar un rodeo, estacionar el auto en otro sitio y volver a pie para apostarse cerca de la casa.

Al cabo de media hora de espera vio salir al grupo. Slake se quedó arriba. La muchacha que había abierto la puerta al teniente le preguntó:

—¿De veras no quieres que me quede?

—No. Esta noche no estoy para nada.

—¡El maldito poli nos ha amargado la fiesta!

Se separaron todos. Alguien habló de ir al *dancing*. Slake cerró la puerta. Jack siguió en su puesto como si acabara de tener una corazonada.

Cinco minutos más tarde la puerta volvió a abrirse y apareció Slake llevando un bulto en la mano.

En la distancia Jack pudo ver que se trataba de un paquete que parecía liado con unos trapos.

Vio cómo el joven se metía por uno de los callejones avanzando en dirección al descampado.

Le siguió a distancia.

Slake se detuvo ante unos montones de piedras donde pretendía esconder lo que llevaba.

Jack se dio una carrera y logró alcanzarle. Slake por un instante pareció que pretendía huir, pero se abstuvo de hacerlo. Él policía le miró largamente antes de arrebatarle el paquete de un tirón.

Lo desenvolvió, adivinando de antemano que se trataba de un arma.

Quitó los sucios trapos y se halló ante una pistola.

—No me digas que la has encontrado...

—Sí —balbució el otro.

—Ibas a esconderla, ¿eh?

—No, yo...

—Es inútil que mientas. Ahora tendrás que acompañarme...

—¿De qué puede acusarme? Dijo que habían matado al melenudo con una metralleta. ¡Esto no es una metralleta!

—Ya veo que no es una metralleta.

—Entonces...

—¿Tienes permiso de armas?

—Le digo que no es mía.

—La tenías tú. Te he cogido con ella en la mano. Ya se lo contarás al juez. No puedes llevar un arma sin permiso...

—Pero yo...

—¡Andando! Ya me has dado bastante la lata... Quizá encerrado se te refresquen las ideas.

—No puede hacer esto. No tiene ninguna orden.

—Oye, muchacho... Ya te enchironaron una vez. Si mal no recuerdo te prohibieron que llevaras armas. Yo no necesito permiso de nadie para llevarte al puesto de policía. ¿Entendido?

Diez minutos después, el agente de guardia encerraba al joven.

Jack terminó su breve informe y se encontró con la sonrisa de Mike Farrell.

—Eso es una tontería, Jack. Así no probarás que Slake sea el culpable.

—¿Todavía por aquí, Mike? —fue la respuesta evasiva de Jack.

—Haz lo que quieras, cabezota, pero has perdido una buena ocasión.

—¿Por qué no te vas a casa? Que yo sepa no tienes guardia esta noche.

—Ni tú eres mi jefe para darme órdenes —repuso el otro, significativamente.

Jack pensó que si el nombramiento de capitán recaía en Mike Farrell le iba a caer un hueso.

—Déjame en paz...

—Oye, cabezota. Trato de ayudarte. Las cosas no se te ponen muy bien... Ha estado aquí ese impertinente de Brown, el de la licorería. Está dispuesto a armar una gorda si no das pronto con el que le robó los mil doscientos dólares.

—¿Por qué no le das tú el dinero, Mike? Eres soltero. Tienes menos gastos que yo.

—Te hablo en serio, Jack. Ese tipo armará un escándalo. Dirá que la policía está formada por una pandilla de ineptos y todas esas cosas. Y tú llevas el caso.

—Que haga lo que quiera. Yo no soy adivino... Si tiene

paciencia, encontraré al ladrón... Y en cuanto al arresto de Slake, tengo mis motivos; además de estar justificado, tiene otra finalidad que me la reservo para mí... ¿Algo más? —Y sin esperar respuesta, añadió—: Buenas noches.

Su contrincante para el puesto le vio salir y sacudió la cabeza de un lado a otro como aquel que no da ni un centavo por la suerte del contrario.

En el auto, Jack se decía a sí mismo:

—Esto les asustará y darán un paso en falso y allí estaré yo para detener al culpable, porque el asesino está entre ellos. Una estúpida venganza.

Aflojó la marcha del vehículo al pasar ante la licorería. Era un edificio grande, con planta a la calle y altillo. Un establecimiento famoso cuyo dueño, Brown, presumía de poseer destilerías propias y de recibir vino californiano directamente de las bodegas.

Brown tenía cuatro empleados. Bueno, cinco contando a Laura.

Laura era la cajera. Una joven de serena belleza que tenía veintiocho preciosos años.

Jack pensó en ella y se detuvo dos edificios más abajo para mirar la ventana del primer piso. Allí vivía Laura en un pequeño apartamento.

Vio luz en la ventana y permaneció pensativo unos instantes. Consultó el reloj. Eran las diez y siete minutos de la noche.

Por un lado hubiera querido subir, pero...

Luego la gente habla. Claro que no era un secreto que la amistad que se había iniciado entre él y Laura empezaba a tomar caracteres más formales.

Y recordó una breve charla sostenida con su hija:

—Espero que no te moleste que salga con ella, ¿verdad?

Jenny rió satisfecha. Estaba contenta cada vez que su padre parecía pedirle una opinión. Se sentía más mayor.

En realidad, entre él y su hija había habido, más que el parentesco, una sincera amistad y comprensión.

—¡Claro que no me molesta, papá! ¿Por qué iba a molestarme? ¡Hacéis una pareja estupenda!

—Bueno, bueno... Laura me parece una buena chica, está sola y...

—Papá, no tienes que justificarte. En el instituto todas mis

amigas se extrañan de que no te hayas vuelto a casar.

—¿De eso habláis?

—Dicen que un hombre tan apuesto como tú es una tentación para las solteras que pasan de veinticinco. Incluso más jóvenes...

—¡Je! ¿Apuesto yo?

—Sí. No te hagas el modesto. Sabes que estás bien... Aunque frunzas el ceño y quieras hacerte el duro, eres el padre más guapo que existe.

—¡Qué cosas! ¡Ah! Y que conste... Contigo no frunzo el ceño.

Ella le miró dubitativa.

—¿Oh, sí? —preguntó.

Jenny rió alegremente.

—Para los delincuentes no me cabe duda de que eres el terror, pero para mi eres el mejor padre. Y no me importaría que te casaras con Laura. Yo también opino que es una buena chica. —Y luego, ya en tono más festivo, añadió—: Y al menos tendríamos a alguien que también ayudara un poco en la casa.

Y dicho esto, rieron los dos.

Sí. Había compenetración entre ambos y por otra parte, Laura parecía estar esperando que él se decidiera.

Iba a poner el coche en marcha cuando la vio a través del retrovisor. Tuvo una sorpresa, porque acababa de salir de la licorería.

Salió a su encuentro.

—¡Laura!

—¡Uh, Jack! ¿Me estabas esperando?

—No sabía si subir. Me iba para casa y... he visto luz en tu habitación.

—¡Oh, sí! Debo habérmela dejado encendida. A veces Brown se pone realmente pesado.

—¿Brown? ¿Es que te ha llamado a estas horas?

—Ha ido a verte. ¿No has hablado con él?

—No. Me han dicho que estuvo en el puesto, pero afortunadamente no me ha encontrado.

—Llegó hecho una furia. Yo acababa de marcharme y me llamó. Se empeñó en revisar unas cuentas. Ahora ya no se fía de nadie. A veces pienso que también desconfía de mí.

—A estas horas no tiene ningún derecho a importunarte.

—Me paga un buen sueldo y si me niego acabaríamos discutiendo y tendría que marcharme. Quizá me seria difícil encontrar otro empleo en esta ciudad y... Bueno, no quisiera tener que marcharme.

—Me gustaría charlar contigo... Pero no aquí, claro. ¿Puedo subir?

—Oh, ahora no, Jack. Estoy cansada. De veras. Sabes que me encanta tu compañía, pero...

—No insisto. Déjalo.

—Lo siento. Es tarde y...

—Es que no voy a encontrar a nadie en casa. Mi hija no está y quería que hablásemos de ellos.

—Mañana, Jack. Yo también deseo hablar. Mañana, por favor. Es sábado, saldré pronto. Le guste o no le guste a Brown. Saldré pronto y si tú puedes...

—Buscaré el modo de poder —sonrió él.

Volvió al coche. Por el retrovisor vio aún la luz de la ventana. Ella debía estar arriba. Sí, efectivamente tenía el cansancio reflejado en el rostro.

Él también estaba cansado.

Poco después dejaba el coche frente a su casa y pensaba en los otros empleados de la licorería. En uno especialmente; se llamaba Roy. Tenía unos dieciocho años y llevaba sólo seis meses en la casa. Vivía en el garaje de un amigo y comía bocadillos en las cafeterías. Últimamente había salido un par de veces con Jenny.

—¿Qué tal es ese muchacho? —le había preguntado él a raíz del robo.

—No habla mucho.

—Pero te habrás formado una opinión de él.

—Tiene ideas, proyectos. Dice que piensa viajar mucho.

—Un ave de paso.

—Tal vez. No estoy segura. Dice que le gusta salir conmigo, que me encuentra distinta. Bueno, esto lo dicen todos.

—¿Todos? Pues sí que tienes experiencia a los quince años.

—Oh, papá... Salgo con los chicos del Instituto.

—A tu edad es mejor salir con muchos que con uno solo...

—¡Papá! ¿Es que sospechas que Roy pueda ser el ladrón?

—Mi obligación es sospechar de todo el mundo.

—Preferirías que no saliera con él.

—Bueno, a lo mejor es un buen muchacho. Una cosa es hablar como policía y la otra como padre.

—Como chico no es ni mejor ni peor que otros.

—Invítale cualquier día, a veces charlando... ¿Eh?

—Lo haré.

Todavía no había habido ocasión de que Roy fuera a casa de Jack, pero por otra parte la discreta vigilancia a que habían sido sometidos los empleados tampoco dio resultado, y en lo que a Roy concernía, precisamente no se le observó en su conducta nada que incitara a la sospecha.

Cansado, Jack entró a su casa. Fue en busca de su cena, pero cuando estuvo ante ella no se sintió con ganas de probarla.

Prefirió un *whisky*. A medio beber llamaron a la puerta. Dejó el vaso y abrió en mangas de camisa, bostezando. Vio entonces la nota que le había dejado su hija.

—¡Oh, Jenny! —dijo.

Abrió primero y se sorprendió gratamente de ver a Laura.

—Creo que no hubiese podido dormir tranquila... Una vez que me pides para subir y yo... ¡He sido una tonta!

—¡Oh, Laura! Yo no me lo tomé a mal. Se te nota que estás cansada.

—No es sólo esto, Jack. Es...

—Vamos, pasa, tranquilízate. Pareces preocupada.

—Lo estoy, y quizá no debiera decírtelo, pero tú querías hablar conmigo y yo... temí no estar en situación. La verdad, cuando estoy contigo consigo olvidar siempre mis pequeños problemas.

Con la nota de su hija en la mano, Jack invitó a Laura a sentarse.

—Permíteme que lea primero esto. Casi me olvido de mi hija y hoy por hoy es lo único que tengo en el mundo.

Leyó la breve nota y lanzó una exclamación.

—¿Qué ocurre?

—Maldita sea... Claro que ella no tiene la culpa, pero...

La nota decía:

«Voy a casa de Harry Newman. Tiene que ir a una reunión y no quiere dejar sola a su esposa que, como

sabes, está enferma...»

¡Newman! Justamente su peor enemigo. ¡Y su hija había ido a cuidar precisamente a su esposa!

Enferma y paralítica, además.

—Bueno —tiró la nota y añadió—: Que no se diga que no somos democráticos.

Luego se dedicó por entero a escuchar a Laura.

Pero los problemas de la jornada no habían terminado aún. Estaban sólo empezando...

CAPÍTULO II

Jenny se hallaba en la lujosa casa de los Newman, situada al lado sur de la ciudad, que era donde existían las residencias más suntuosas de la localidad.

La política se le había dado bien a Newman, por lo que podía verse.

Ahora, Newman cenaba y volvió a comentar:

—Yo no digo que

O'Neil

sea un mal policía, pero no es el hombre que necesitamos.

—Usted tiene mucha influencia con el gobernador, Newman. Estoy seguro de que le oírás.

—Ya le he hablado. ¿Qué les parece Mike Farrell? —siguió el político.

—Es muy joven, pero si usted cree...

—Mike sabe dónde tiene la mano derecha, y nos conviene tener a alguien así en el lugar de Cobb. Bastante hemos tenido que soportarle a él. Y

O'Neil

es de la misma escuela. Déjenlo en mi mano, amigos, y tendremos al hombre que nos conviene.

Aquello era cerrarle a Jack definitivamente las puertas del ascensor.

Su hija era ajena a esas intrigas. Y la política no era su fuerte. Se había dedicado al estudio fijándose una meta. No. No le gustaba la política, la encontraba poco seria.

De lo de Newman había oído hablar y tenía su opinión, que expresaría en su momento.

Ahora acababa de dejar a la esposa de Harry Newman que parecía dormir tranquila.

Eran las diez horas, veintidós minutos. Comprobó su reloj con el

carillón de la planta superior.

En ese instante sonó el grito. Algo le ocurría a la señora Newman.

Entró precipitadamente y vio cómo la mujer en su cama parecía ahogarse; le faltaba la respiración.

—Tranquilícese, señora Newman.

Se apresuró a llamar al doctor Bennet. Ella conocía bien al doctor Bennet y también a su hijo Paul, sobre todo a éste, y no por su condición de ayudante en el hospital, sino porque Paul era otro de sus acompañantes.

Pero ahora era al padre al que llamaba.

—Venga lo antes posible. Da la sensación de que se está muriendo.

El doctor Bennet prometió llegar en cinco minutos, Colgó y se volvió hacia su hijo, al que miró fijamente:

—Es la Newman.

—¿Vas a salir?

—Sí. Me ha llamado Jenny. Está allá. Voy en seguida.

Sin embargo, Bennet no parecía tener mucha prisa. Entró en su despacho y tardó casi cinco minutos en salir.

De todos modos, la casa de los Newman no estaba lejos de la suya y tardó poco más de lo prometido en llegar.

La calmó con un inyectable y dio una receta a Jenny.

—Ve a buscar esto. Yo llamaré, mientras tanto, desde aquí para que te abran. Por el dinero no te preocupes. Los Newman tienen crédito.

Jenny tomó la receta y salió de la casa. Bennet había llamado ya y el veterano farmacéutico le abrió la puerta y le sirvió el medicamento.

Seis minutos más tarde, Jenny regresaba a tiempo de ver al doctor bajar la escalera de la casa.

—Aquí está, doctor.

—Son unas tabletas. No creo que despierte ahora. Le he dado un fuerte calmante, de todos modos si despertara le das una de ellas. Cuando venga el señor Newman explícaselo tú misma, ¿eh?

—¿Quiere que le diga que él le llame a usted?

—No será necesario —replicó Bennet y se dirigió hacia la puerta.

Jenny le acompañó y luego cerró para subir hasta la habitación de la enferma.

Entró y pudo escuchar perfectamente su respiración calmada. Se aproximó. La vio dormida, abombando su cuerpo cada vez que aspiraba.

«Menos mal», pensó, y volvió a la planta baja. Consultó el reloj.

Las diez horas treinta y nueve minutos.

«El señor Newman ya no puede tardar», pensó.

Seis minutos más tarde se hallaba sentada en el *living* hojeando un libro de temas de medicina, cuando oyó un ruido procedente del piso de arriba. Como si alguien hubiese soltado algo de peso.

Se le ocurrió pensar en uno de los magníficos jarrones que los Newman tenían en la antesala del dormitorio, cerca de la ventana.

Escuchó unos momentos y tuvo la sensación de oír como si alguien se deslizara.

«La señora Newman...», pensó.

Jenny no era miedosa, pero un presentimiento extraño pareció asustarla.

Comenzó a subir la escalera, aguzando el oído.

El silencio era absoluto. Total. Eso era lo que más la impresionaba.

Continuó ascendiendo, peldaño a peldaño, temiendo incluso hacer ruido.

«Parece que me esté ocultando de alguien», se dijo, dándose ánimos.

Llegó arriba y se apresuró algo más hasta llegar a la puerta. No se atrevió a entrar de momento y llamó:

—¡Señora Newman!

Persistió el silencio.

Colocó la mano en el pomo y comenzó a girar. Por fin la puerta se abrió.

—Señora Newman —dijo, y su voz llenó el interior de la habitación.

Se plantó en el umbral y miró hacia la cama. Sus ojos se agrandaron y de su garganta escapó un grito que quedó ahogado por el tenor.

La señora Newman estaba en la cama, pero con la cabeza colgando de un lado, y un cuchillo clavado en el pecho.

La sangre había manchado el suelo y las sábanas.

Jenny acumuló fuerzas. Le faltaba el aire y le temblaban las piernas. Tuvo que apoyarse en la misma puerta y entonces, pasando los ojos por el resto de la habitación, observó la causa del ruido que había oído.

En efecto, se trataba de uno de los jarrones.

Era fácil imaginar que el asesino había tropezado con él al entrar por... ¡la ventana!

La ventana estaba abierta. El suave airecillo de la noche hacía mover las cortinas.

Aún con la respiración jadeante, Jenny pudo oír perfectamente el sonido del motor de un coche al ponerse en marcha.

Olvidándose del miedo, corrió hacia la ventana.

«¡El asesino está huyendo!», se dijo a sí misma.

Porque estaba persuadida de que quién escapaba en aquellos momentos no podía ser otro que el asesino.

Asomó a tiempo de ver el coche en marcha.

Su boca se abrió con un movimiento que quería expresar sorpresa. Porque por segunda vez en aquella noche tuvo motivos para sentirse aterrada.

Aquel coche era inconfundible para ella.

¡Era el automóvil del doctor Bennet!

Bajó rápidamente la escalera y salió para dirigirse hacia la parte lateral de la casa. El coche había estado allí, oculto cerca de la parte posterior, cerca de donde los Newman tenían la piscina.

¡El automóvil de Bennet!

¡Cuántas veces el hijo del doctor, y hasta el propio doctor la habían acompañado en aquel coche!

Miró al suelo y observó algo que estuvo a punto de dejar allí mismo, sin tocarlo. Era algo que brillaba ligeramente. Se inclinó para verlo mejor. Era un gemelo. El gemelo de una camisa.

Una prueba muy importante, sin duda. Una prueba que guardó.

No sabía exactamente por qué, pero sintió la necesidad de hacerlo.

Poco después llamaba a su casa para informar a su padre, pero el teléfono sonó inútilmente porque nadie respondió.

Su padre no estaba.

Jack en aquellos momentos acompañaba a Laura a su casa.

Jenny no había tenido más remedio que llamar a la brigada y por eso quién se hizo cargo del asunto fue Mike Farrell.

La casa de Newman se llenó de policías, y aun el propio capitán Cobb se levantó de la cama para hacer acto de presencia.

Fotógrafos, los técnicos de rigor, una ambulancia y muchos coches.

Y Jack despidiendo a Laura. Despidiéndola con un beso. Un beso lleno de programas.

Ella le había contado el motivo de sus preocupaciones: Brown.

Le había dicho que primero parecía insinuar que la creía sospechosa del robo.

—Pero en realidad trataba de hacerme saber sus sentimientos. Se mostró muy paternalista. Dijo que una mujer como yo no podía vivir sola. Traté de desviar la conversación y creo que comprendió que yo no era lo que él buscaba.

—¿Trató de propasarse? ¿Te dijo algo que pudiera molestarte?

—No. Pero sé que ahora tendré que andar con cuidado. Algunas veces me sentía espiada. Nunca he tenido la prueba, pero es algo que se presiente. Era cuando me cambiaba de ropa. Primero pensé que era alguno de los chicos, pero ahora estoy segura de que era él.

—Te buscaré otro empleo. Creo que será lo mejor. Ese viejo baboso... Cuando venga a insistir que le busque al ladrón, se oirá unas cuantas cosas.

—No, Jack. Por eso no quería decírtelo. No quiero que se arme un escándalo por esto, Es lo que pretendo evitar. Espero que ya no vuelva a insinuarse...

Siguieron hablando. Luego, él la había acompañado y allí, ya dentro del recinto de la casa, al pie de la escalera, hubo el epílogo del beso.

Luego, la sirena de un coche policial llamó la atención de Jack.

Otro coche y una ambulancia le hizo presentir que se trataba de algo importante.

Al dejar a Laura y dirigirse al puesto supo lo ocurrido.

Y cuando llegó...

Cuando llegó, ya estaban todos y se comentaban las hipótesis.

Aunque en aquellos instantes lo que más interesaba a Jack era su hija.

La estaban interrogando en el interior de la casa, pero Jenny, al

ver a su padre, corrió a su encuentro y buscó la protección de sus brazos.

—Hemos procurado no molestarla mucho, Jack —dijo Mike—. Pero ella es la única que puede ayudarnos. Casi ha tenido que ver al asesino.

—Yo no he visto a ninguna persona —repuso ella al lado de su padre.

—Tranquilízate —le pidió, y mirando al capitán, interrogó—: ¿Quién lleva el caso? ¿El?

Él era Mike Farrell.

Cobb miró a ambos, y luego, dirigiéndose a Jack, murmuró:

—Creí haberte dado la última orden esta tarde, Jack, pero tratándose de este asunto..., sugiero que lo llevéis los dos.

Intervino Newman. Más que dolido, estaba furioso:

—Quiero resultados inmediatos. ¿Me oyen? ¡Se trata de mi mujer! Este caso no es uno más. —Y se quedó mirando a Jack—. ¿Me ha entendido? Aquí es donde hay que demostrar la eficiencia.

—Para nosotros, todos los casos son importantes, señor Newman.

—Pues demuéstrelo. Haga hablar a su hija. No puede hacer distinguos... ¡Ella ha tenido que ver algo!

—¿Qué trata de insinuar? —inquirió Jack, desafiante.

—No insinúo. Sólo digo que ella estaba allí. Tuvo que ver algo, oír algo. Pero parece que no está muy dispuesta a ayudar. Ojalá me hubieran mandado a otra persona a mi casa. Puede que ahora mi esposa aún viviría.

—Cierre ya la boca, Newman. —Jack ya no podía contenerse—. No le permito que dude de Jenny, y particularmente, también lamento que haya venido a su casa.

—Lo siento, papá —musitó ella.

—Vamos a casa... Ahora necesitas tranquilidad y un descanso. Después tendrás las ideas más claras.

—¿Trataría del mismo modo a otro testigo? —intervino Newman nuevamente.

—¡Estoy harto, Newman! —bramó Jack—. Yo haré las cosas a mi manera. Mi hija no es una delincuente, sólo un testigo.

—Basta ya —intervino el capitán—. Ahorren sus energías, y tú, Jack, llévate a la muchacha a casa.

—Usted también le apoya, ¿verdad, Cobb?

—¡Oiga! No irá a tomarla conmigo ahora, ¿eh, Newman? Sigo siendo el capitán.

—Yo sólo digo que han asesinado a mi esposa.

En aquellos momentos hizo acto de presencia el propio fiscal. Newman era demasiado importante para que todas las fuerzas de la ley no estuvieran a su lado en aquellos momentos.

Jack pareció asqueado de todo, y tomando del brazo a Jenny, masculló:

—Me largo. Luego pasaré por la oficina. Tenemos que hablar, Mike.

Y desapareció de entre la gente.

Newman echaba voces al fiscal, pidiendo una rápida eficacia.

—Lo descubriremos, Newman. Descuide. Empeño mi palabra en ello. El asesino estará pronto en nuestro poder.

Mike Farrell se separó del grupo e hizo como si cogiera algo del suelo. Cobb le observó.

—¿Ha encontrado algo?

Mike le mostró un encendedor.

—Estaba aquí, junto al césped. Me gustaría saber quién lo ha perdido.

—Tenga cuidado con las huellas.

—Sí, capitán, lo tendré.

—A mí me parece que conozco este encendedor. Claro que hay muchos iguales, ¿no?

—Supongo, pero yo también creo haberlo visto en alguna ocasión, aunque es lo que usted dice... Hay muchos iguales.

Y Mike Farrell guardó la prueba envuelta en un pañuelo y se la metió cuidadosamente en el bolsillo.

CAPÍTULO III

—Yo nunca te he ocultado nada, papá, pero hay cosas que si las pudieras comprender sólo como padre...

—Si se trata de algo que tenga relación con lo que sucedió anoche, debo oírte como policía, Jenny. Y debes decirme lo que has visto. Aun sin querer, podrías proteger a un criminal.

Hablaban en el dormitorio de Jenny. Eran las ocho de la mañana; ella apenas había podido dormir, pero menos había dormido Jack para quien aumentaban las preocupaciones.

Ahora la muchacha había quedado dubitativa... Algo le impulsaba a creer que los Bennet nada tenían que ver con aquello, pero si ella decía que había reconocido su coche les metería en un buen lío...

Pensaba en ellos. Le habían dado toda clase de facilidades para que pudiera practicar en el hospital. Bennet la apreciaba. Y luego estaba su hijo, tan atento siempre. Eran buena gente. Padre e hijo, porque el doctor Bennet también era viudo.

Jack la sacó de sus cavilaciones.

—Ahora me toca preguntar a mí, si no es que ya me has perdido la confianza.

—No, papá... Te diré que lo que vi anoche fue un coche... Un coche que salía de la parte trasera del jardín.

—Pero esto ya lo dijiste anoche cuando te interrogaban.

—Sí. Pero ¿qué más quieres que diga?

—¿Reconociste a alguien?

—No vi a ninguna persona.

Y en esto no mentía.

—¿Pudiste ver la matrícula del automóvil?

Tampoco mintió al negarlo.

—Bien... Si recuerdas algo más, no dudes en avisarme. Voy a tener un día agitado, quizá no nos veamos hasta la noche, o puede

que tampoco... ¿Qué piensas hacer tú?

—No lo sé. Hoy es sábado. Tengo fiesta... Puede que vaya al hospital. Hablaré con Paul.

Y tampoco mentía al decirle lo que pensaba hacer, porque había decidido hablar con Paul. Le tenía la suficiente confianza para hacerlo.

¡Cielos! ¿Quién podía imaginar que Paul o su padre fuesen unos asesinos? Claro que ella no podía creerlo. No lo creía.

Aquella mañana, Jack realizó una inspección ocular en la habitación donde se había cometido el asesinato de la esposa del político.

Fue después del entierro al que acudió una considerable cantidad de adictos a Newman y a sus manejos.

Jack no llegó en el mejor momento. Newman estaba solo en la casa y tenía un humor de perros.

—¿Qué diablos espera encontrar aquí? —gruñó el capitoste—. ¿Espera hallar al asesino oculto detrás de una cortina?

Jack observaba precisamente la ventana, amparada por una cortina que se hallaba descorrida. Miró al suelo donde había caído el jarrón y comentó:

—Pues ahí debió esconderse. Entró por la ventana.

Jack abrió y se asomó, observando la pared de ladrillo y la enredadera.

—Para un hombre ágil no es difícil —añadió.

—No me interesan para nada sus malditas deducciones. Lo que quiero es que den con el asesino. Pero esto debe ser demasiado para usted.

Sus críticas directas no acertaron a encontrar la réplica adecuada. Jack parecía haber hecho voto de humildad o de resignación. Hizo caso omiso a las palabras de Newman y tras otra amplia ojeada al dormitorio donde se había producido el crimen, inquirió:

—¿Ha echado de menos alguna cosa?

—No, que yo sepa —respondió el otro, de mala gana.

—¿Lo ha mirado?

—¡A simple vista! No... No parece que falte nada.

—Entonces... Podemos descartar que el móvil haya sido el robo.

—¡Eso ya se dijo ayer! —exclamó Newman.

—Sí, sí... Pero debemos estar seguros. Se están investigando las huellas. Hasta ahora parecen confusas. No hay claridad.

—¡Claridad! ¿Qué esperaba? ¿Encontrar al asesino junto a la víctima? —Y después de añadir algunos gruñidos entremezclados con frases ininteligibles, el policía repuso:

—Lo único que espero —y lo dijo calmadamente— es un poco de ayuda por su parte... Piense... ¿Quién podía tener interés en asesinar a su esposa? ¿Algún enemigo? Tendré que hacerle algunas preguntas, señor Newman. Su esposa era poco conocida aquí. Lo único que sabíamos de ella es que se trataba de una inválida. Pero... ¿Y antes?

—¿Qué demonios insinúa?

—No insinúo. Pregunto... Deseo conocer datos. Nombres de posibles enemigos.

—¿Qué enemigos podía tener mi pobre mujer? ¡Oh! Está perdiendo el tiempo con rutinas.

—No son rutinas, señor Newman. Si de veras quiere que descubramos al criminal, tendrá que ayudarnos.

—¿A usted? —inquirió despectivamente el político.

—A la policía. Yo la represento. ¡Todavía no me han echado! — Y Jack sonrió casi despreciativamente.

Por una vez y ante su mirada insistente, Newman apartó los ojos del oficial, y murmuró:

—Bueno, no falta nada. Mi esposa no veía casi a nadie. En fin. No puedo ayudarle. Mire todo lo que quiera.

Jack abrió los cajones del tocador. Vio una bandejita con algunas joyas. También un joyero cerrado sin llave. Todo parecía intacto. Otra caja de piel en la que la víctima guardaba dinero. Así lo hizo constar Newman cuando Jack le preguntó:

—¿Ese dinero...?

—A ella le gustaba tener algo en casa... Sí. Era suyo. En realidad, yo jamás abría esos cajones.

—¿Entonces no sabe usted el dinero que su esposa guardaba?

—No... No lo sé... Bueno. Quiero decir que ignoro la cantidad.

—Veamos...

Jack contó, por encima, el dinero. Era en billetes pequeños, de uno y de cinco dólares. Había un billete de dos, de los antiguos; ya no corrían, pero solían aceptarse.

—Hum... —murmuró—. Debe guardar ese dinero desde hace tiempo... Ese billete...

El político miró superficialmente.

—Ya le he dicho que no sé nada.

—Hay unos mil y pico de dólares. Es una buena suma.

—¿Qué quiere decir?

—Nada.

—¿Ha terminado ya?

Jack reflexionó un instante. Parecía recordar algo. Luego, al fin, cerró el cajón y se despidió.

—De momento no tengo nada más que hacer aquí. Pero no toque nada. ¿Me ha entendido? No toque nada.

Newman le miró un instante y asintió.

Jack salió de la casa decidido. Tema algo que consultar.

Entretanto, el capitán Cobb observaba con atención el encendedor que Farrell tenía sobre la mesa junto a un informe del laboratorio.

—¿Está seguro? —preguntó.

Farrell sonrió.

—Bueno... No tenemos las huellas de O'Neil.

Quiero decir que no le tenemos fichado.

—Déjate de historias, Farrell. Yo también recuerdo haber visto ese encendedor... Sí. Es posible que pertenezca a Jack

O'Neil,

pero...

—Yo no he dicho que pertenezca a él. Hay varias huellas superpuestas. Algunas más claras que las otras, pero eso no demuestra que Jack...

—¡Un momento! —cortó el capitán—. Yo ya no debería estar aquí. Tengo que largarme y no lo hago por escurrir el bulto, pero esto ya no me atañe... Han sido demasiados años, pero este caso...

Tomó el encendedor y añadió:

—Yo hablaré con Jack.

—Por supuesto, capitán, pienso guardar absoluto silencio.

—¡Eh, Farrell! Aquí no encubrimos a nadie. ¿Eh? He dicho únicamente que quiero hablar con Jack. Eso es todo.

Farrell sonrió malicioso.

Jack

O'Neil

entró en aquellos instantes.

—¿Hablaban de mí? —inquirió.

Farrell le miró. Observó el encendedor, y al fin lo tomó para ponerlo a la vista del recién llegado.

—El capitán te hablará...

—¡Maldita sea! Díselo tú. Farrell. Entre nosotros no tenemos por qué ir con medias palabras —gruñó Cobb—. Si no conociera a Jack... ¡Oh! Maldita sea... Mira eso, Jack...

Le mostró el encendedor.

—Sí —asintió el aludido—. Yo tenía uno igual. Lo estuve buscando anoche. No logré encontrarlo. Admito que pueda ser mío. ¿Qué pasa con eso? ¿Es que se sospecha que yo haya podido matar a la mujer de Newman?

Se sentó con aspecto cansado y echó hacia atrás su sombrero.

Farrell rompió el silencio.

—A lo mejor tu hija...

Jack se incorporó de un salto y en tono amenazante se encaró con su colega.

—No te consiento que mezcles a Jenny en esto. ¿Me oyes? ¡Este encendedor puede ser mío! ¡Yo qué sé! ¡Lo perdí! ¿Qué prueba eso?

—Bueno, hombre...

—¡Cuidado, Farrell! Pisas terreno resbaladizo. Das palos de ciego o pretendes hundirme, pero ten cuidado porque yo empiezo a ir por el buen camino.

—¿Por el buen camino? ¡Te felicito, hombre! ¿Tienes ya al culpable?

—Eso no te interesa. No, no eres un colaborador...

¡Eres un...!

—Bueno, bueno, calma —cortó el capitán.

Farrell se levantó y sin perder su sonrisa burlona se despidió.

—Nos veremos más tarde. Tengo que hacer... Yo también sé por dónde voy.

Agitó la mano y desapareció.

Tras un silencio, Cobb fue el primero en hablar.

—No le hagas mucho caso. Le gusta fastidiar, pero no es mal

elemento. Únicamente sucede que... que es amigo de Newman. Y ahora, Newman tiene derecho a exigir... Dime, ¿qué has encontrado?

—El dinero.

—¿Qué dinero?

—La mujer de Newman guardaba algún dinero en el mueble tocador de su habitación. ¡Está intacto!

—Sí. Parece que no falta nada, lo que a simple vista demuestra que el móvil del crimen no fue el robo. Claro que...

—Sí —cortó Jack—. Ya sé lo que va a decir. Pudo ser un ladrón. Ella le vio, gritó y el asesino le mató para evitar que pudiera delatarle; luego se asustó y huyó. —Más o menos— repuso el capitán.

—Pero usted no lo cree. Ni yo... Ni el propio Newman. —Al grano. Hablaste de dinero, Jack.

—La Newman tenía más de mil dólares en una pequeña caja... Uno de aquellos billetes es de dos dólares. Ya no corren.

—¡Y tanto que no!

—Bien, Cobb... En la suma que robaron en la licorería, figuraba un billete de dos dólares.

—¿Eh? —el capitán clavó la mirada en Jack.

—Sí, Cobb... Laura me lo dijo. Lo recuerdo.

—Ve a hablar con esa chica —repuso el capitán.

—Ya he ido. Después de salir de la casa de Newman. —¿Y...?

—No estaba. Tengo que volver. Haré un par de cosas y me dejaré caer por allí. Si entre tanto llaman, que alguien tome el recado; quizá todo resulte menos complicado. No sé...

—Sigue, Jack... Me gustaría que resolvieras este caso. ¡Suerte!

El capitán le guiñó un ojo. Jack salió nuevamente a la calle. Tenía algunos cabos sueltos para atar, pero entre sus pensamientos surgía lo del encendedor encontrado en la parte lateral de la casa. Aquello seguía dándole qué pensar...

CAPÍTULO IV

Jenny se encontraba en casa de los Bennet. Paul se hallaba solo cuando ella llamó al timbre.

La muchacha le encontró nervioso. El la hizo pasar y comenzaron a hablar como tantas otras veces.

Al fin fue la hija del policía quien decidió atacar directamente el asunto.

—Vi el coche, Paul. Lo conozco perfectamente. Cuando asomé la ventana, le vi salir de allí.

Paul Bennet guardó silencio.

—No he dicho nada a mi padre..., pero no puedo callar.

—¿Es que piensas...?

Ella atajó rápida.

—No pienso nada. No quiero pensar... ¡Oh, Paul! Tengo suficiente confianza en ti... y en tu padre...

Él le volvió la espalda. Seguía nervioso. Muy nervioso.

—Tienes que decirme la verdad, Paul. Confía en mí. Sea lo que fuere... Mi padre te ayudará.

—Calla, por favor. No sé...

—¿Quién iba en el coche?

Tras un silencio, el joven se volvió.

—Mi padre... Mi padre y yo...

—¿Tú? —inquirió ella, sorprendida.

—Sí. Íbamos los dos.

El doctor entró en aquellos instantes. Ninguno de los dos le había oído llegar. Se plantó en el umbral de la puerta y miró a la pareja. Pareció adivinar lo que se ocultaba tras el silencio de ambos.

Ni siquiera saludó a la joven. Fue su hijo el que rompió la larga pausa para decir atropelladamente:

—¡Ella nos vio! Vio el coche... ¡Vamos, padre! Tienes que hablar con la policía.

El doctor dejó el maletín sobre la mesa. Miró a Jenny y preguntó:

—¿Qué fue lo que viste?

—Su coche, doctor —repuso ella.

—No lo ha dicho a su padre —arguyó Paul—. No ha dicho nada.

—No se lo dijiste, ¿eh? Eres muy comprensiva... Supongo que debemos agradecerle esta prueba de confianza...

Jenny calló.

Entretanto...

Entretanto, Jack había vuelto a la licorería. Era mediodía y le informaron que Laura había ido directamente a su casa. Fue el joven Roy quien le informó.

—Estuvo aquí un momento. Le dije que usted había preguntado por ella.

El policía levantó la mirada y vio a Brown a través del cristal del altillo de la oficina de la tienda. Brown le vio también a él.

Poco después, los dos hombres se reunían junto a la escalera del altillo.

—¿Al fin tiene algo que comunicarme? —inquirió el bajo y quisquilloso propietario.

—Sólo hacerle una pregunta, señor Brown...

—Preguntas, siempre preguntas.

—Son necesarias.

—Bien. Diga.

—Desearía saber si usted tiene alguna clase de relación con los Newman...

—¿Eh?

—Sí. Ya sabe a quién me refiero.

—Si se refiere a la esposa de ese politicastro, le diré que ni siquiera eran clientes míos. Ni ella, ni su marido. ¿Qué tienen que ver ellos con el robo?

—Por supuesto, no creo que ellos sean los ladrones.

—Entonces. ¿A qué viene su pregunta? ¡Yo no he tenido tratos con esa gente! Les conozco de oídas. A él le he visto un par de veces y nada más. A la mujer creo que no la he visto en mi vida.

—De momento, esto es todo.

No quiso hablarle de los billetes de dos dólares hallados en un cajón del tocador de la señora Newman. Primero deseaba hablar

con Laura y se dirigió hacia su casa, dejando a Brown refunfuñando algo ininteligible en contra de la nula eficacia de la policía.

Laura estaba, en efecto, en su casa, y recibió a Jack O'Neil

con una sonrisa.

—¿Tú por aquí a estas horas?

—Sólo un momento.

—Es casi la hora del almuerzo. ¿Quieres tomar algo?

—Con un café me bastará.

—En seguida, Jack... ¿Sabes? Ya he hablado con Brown. Le he dado algún tiempo para que me busque una sustitua.

—Me alegro que te hayas decidido.

—Le dije que desde ahora pensaba trabajar menos. Por eso estoy en casa.

—Has hecho bien.

—¿Cómo van tus asuntos?

—Tengo una pista respecto al dinero robado. No sé si buena o mala, pero es la única que tengo y debo seguirla. Aunque sea para hacer un favor a Brown. Él también es un contribuyente.

Estaban en la pequeña cocina. Ella había puesto la cafetera en el fuego y se volvió.

—¿Has encontrado al ladrón?

—Todavía no. Sólo creo haber encontrado el dinero.

Ella frunció el entrecejo, esperando que Jack aclarara la cuestión.

—Billetes de dos dólares. Ya no circulan. ¿Recuerdas que hablamos de ello?

—¡Cierto, Jack! —exclamó ella—. Había algunos entre el dinero que robaron.

—Tú no anotaste la numeración, ¿verdad, Laura?

—No, por supuesto.

—He encontrado billetes de dos dólares en casa de los Newman.

—¿En casa de...?

—Sí. Por supuesto no creo que ellos los robaran, pero esto puede ser el principio de algo. No sé... No estoy seguro. En mi cabeza rondan un par de ideas que necesito clarificar. ¿Cuántos billetes de dos dólares figuraban en el paquete que robaron?

—Dos exactamente. Estaban bastante bien conservados. Casi

nuevos, diría yo. Como si alguien los hubiera guardado como recuerdo o algo así.

—Sí. Así son los tres billetes que he visto hace poco.

—¿Qué piensas hacer?

—Investigar cómo llegaron allí.

—No será muy fácil.

—Nada es fácil para la policía. Siempre hay que partir de cero.

Ella se volvió y cerró el fuego.

—Aquí tienes el café.

Entretanto, Jenny, la hija del policía, seguía con los Bennet.

El doctor consultó su reloj.

—Es tarde y tengo que ir al hospital.

—¿Hablará con mi padre, doctor?

—Sí, hija. No quiero complicarte en esto, ¿sabes? Es inútil callar por más tiempo. Explicaré la verdad a tu padre. Espero que él pueda comprender...

—Aguarde, doctor. Intentaré llamar de nuevo.

Y Jenny marcó un número en el aparato telefónico. Llamaba al puesto de policía, pero una vez más le informaron de que no estaba.

—Si es muy urgente, intenta localizarle en la licorería de Brown. Dijo que iba allí —le informó Cobb.

—Gracias, señor.

—Espera. Si es algo que puedas decirme a mí... —dijo Cobb.

—No, no, gracias. Es personal. —Y Jenny colgó—. No está —dijo.

—No puedo esperar más tiempo. Me espera una intervención —repuso el médico—. Si consigues localizar a tu padre dile que estoy en el hospital. Allí hablaremos.

¿De acuerdo?

—Sí, doctor.

—Adiós, Jenny. Y gracias. Gracias por tu silencio. —Miró a su hijo y añadió—: Hasta luego, Paul, y... si quieres contárselo todo a ella, puedes hacerlo. Tú también conoces la verdad.

El doctor Bennet desapareció, dejando a solas a los dos muchachos. Se hizo un largo silencio entre los dos que ella rompió para decir:

—No tienes que decirme nada si no quieres, Paul.

—Lo sabrás de todos modos, Jenny, pero ahora localiza a tu

padre, por favor. Es necesario, ¿comprendes?

—Sí, Paul. Lo intentaré.

—Que vaya directamente al hospital. Es importante, ¿sabes? Tengo miedo. Es un presentimiento. No sé...

—Ten calma —sonrió ella, tratando de animarle.

—No es un miedo material, ¿sabes? Si es que el miedo puede materializarse... Es otra cosa... Ve, por favor.

La besó suavemente en la mejilla y cerró la puerta, una vez ella hubo salido.

Diez minutos más tarde, Jenny estaba en la licorería para localizar a su padre.

Roy acababa de dejar unas cajas de botellas y la vio.

—¡Eh, Jenny!

—¡Hola, Roy! Estoy buscando a mi padre.

—Antes estuvo aquí. Creo que lo encontrarás en casa de Laura. Ha preguntado por ella.

—Gracias, Roy —repuso la joven, dispuesta a salir.

—¡Espera! ¿Qué pasa? Pareces preocupada.

—No es nada —trató de disimular la joven.

—¿Ocurre algo?

—No, no es nada.

—Bueno. Espero que salgamos uno de estos días, ¿eh?

—No sé si podré, Roy.

—¿Por qué no vas a poder?

—Es que... Bueno, ya hablaremos en otro momento.

—Yo también deseo hablar contigo, Jenny. Tengo algo que decirte...

—¿Qué es?

—Me gustaría más poder hablarte de ello a solas.

—No tengo tiempo ahora. Tengo que ver a mi padre.

—Esperar Es la hora del almuerzo. Vamos. Que se chinche el viejo. A la que te descuidas, te da trabajo justo a la hora de salir. Vamos. Iremos a tomar algo.

Se sacó el delantal que usaba para el trabajo y lo echó a un rincón junto a unas cajas y se dispuso a salir.

—Te advierto que no tengo tiempo.

Salieron. Él la tomó del brazo y ya en la calle, murmuró:

—Si te digo que anoche pasé por delante de la casa de los

Newman... ¿Tampoco tendrás tiempo de escucharme?

—¿Anoche?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Pues supongo que sería más o menos cuando se estaba cometiendo el asesinato.

Jenny agrandó los ojos. El la observaba con atención.

—Oye, Jenny. Quiero ayudarte... Y prevenirte, ¿sabes?

—¿Prevenirme de qué?

—Mira... Fue una casualidad, yo paseaba aburrido como un tonto y al pasar frente a la casa de los Newman vi el coche del doctor Bennet. Bueno, al principio no le di ninguna importancia, pero luego vi que el auto, salía a toda velocidad de la parte lateral del jardín, y luego saliste tú de la casa.

Tras una pausa, añadió:

—Iba a llamarle, pero no sé... Parecías obsesionada por algo. Luego te vi junto al lugar donde había estado el coche. Pasaba gente y me aparté de allí. No por nada, sólo para evitar murmuraciones. Luego pensé que entraría y hablaríamos, pero cuando lo intenté ya te habías ido.

—¿Qué viste exactamente, Roy?

—Sólo lo que te he contado. Pero esta mañana todos los periódicos llevan la noticia del asesinato de la señora Newman.

—¿Y qué piensas?

—¿Qué vino a hacer el doctor Bennet anoche, Jenny? —preguntó el joven, a su vez.

—Visitar a la señora Newman. Le había dado un ataque.

—Su hijo iba con él. ¿Suele acompañar siempre a su padre?

—No lo sé, Roy. ¡Oh! ¿Por qué me haces tantas preguntas?

—Porque intento prevenirte, Jenny, y, si es necesario, protegerte. No me fío de esa gente.

—Roy, te ruego que no digas nada a nadie de todo esto, ¿eh?

El la miró fijamente e inquirió:

—¿Es que tu padre no lo sabe?

—No, pero lo sabrá.

—¿Se lo dirás tú? ¿Le dirás que los Bennet estuvieron anoche en aquella casa?

—Se lo dirá el mismo doctor. Tiene algo que contarle. Y ya lo

hubiera hecho, pero ha tenido que ir al hospital. Estoy buscando a mi padre precisamente para decirle que vaya a hablar con él.

—Ya —murmuró el joven, pensativo.

—Por favor, Roy. No hables con nadie de esto.

—Te lo prometo, Jenny.

—Gracias, Roy.

—Pero prométeme también que sabrás cuidarte. No me fío de éstos.

—Son buena gente.

—¿Tan segura estás?

—Creo que son víctimas de algo. No lo sé. Es sólo un presentimiento.

—De todos modos, sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias una vez más, Roy. Ahora tengo que irme.

—De acuerdo. Cuando todo esto haya terminado y estés más serena, espero que saldremos juntos, ¿eh?

—Claro, Roy —sonrió ella.

Habían estado caminando. Ahora Jenny se hallaba casi en la puerta del edificio de dos plantas donde vivía Laura. Roy la dejó y ella se dispuso a entrar, pero no fue necesario porque en aquel instante Jack

O'Neil

bajaba la escalera después de haber estado hablando con Laura.

—¡Hija! ¿Me buscabas a mí?

Llegó junto a ella y Jenny le explicó:

—Tienes que ir al hospital. El doctor Bennet necesita hablar contigo.

—¿Es importante?

—Sí, padre. Es muy importante.

Jack asintió.

—¿Puedo ir contigo? —inquirió ella.

—¿Para qué?

—Se trata de anoche.

—Si es algo oficial prefiero ir solo. Ve a casa, ¿eh? —Es que...

—Anda. Veré de qué se trata. Tú espérame en casa. ¿De acuerdo?

—Como quieras, papá —repuso Jenny, sumisa.

CAPÍTULO V

El teniente Jack

O'Neil

tenía la corazonada de que las cosas iban a esclarecerse muy pronto, pero no por ello dejaba de intuir una serie de complicaciones.

Todo había empezado con un crimen. Un crimen de los llamados vulgares. Luego el robo y el posterior asesinato de la mujer del político. En apariencia eran tres casos distintos, pero dos de ellos parecían aproximarse, estar relacionados.

«Claro que sólo son teorías que necesito probar...», se dijo para sus adentros.

Le dijeron que el doctor Bennet estaba en el quirófano.

—Puede esperar aquí, si quiere. En cuanto salga le avisaremos que está usted esperándole, teniente —le dijo la enfermera del servicio de información en el vestíbulo del hospital.

En efecto, el doctor Bennet estaba concluyendo la intervención quirúrgica que había ido a realizar. El quirófano estaba en el piso diecisiete de un edificio de veinte. Uno de los más altos y modernos de la ciudad.

—Bien. Listo —dijo, sacándose la mascarilla.

Dejó igualmente los guantes en el lavabo y al ir a salir le informaron de que alguien le esperaba.

—Es el teniente Jack

O'Neil,

de la policía, doctor —dijo la voz de la enfermera.

—Bien, indíqueme dónde está mi despacho. Le atenderé en seguida.

Colgó el teléfono y se dirigió por el pasillo hasta el ascensor.

Un interno le llamó desde la puerta de la escalera.

—¡Eh, doctor!

Su voz sonó lejana debido a que el interno llevaba la mascarilla puesta. Lo cual no era del todo normal.

—¿Qué? —Bennet se volvió.

—Por aquí —le indicó el interno.

Bennet se aproximó, y el otro sujetó la puerta para dejarle pasar.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es usted?

El gorro y la mascarilla disimulaban el rostro del interno, pero Bennet tenía la impresión de no haber visto a aquel hombre antes.

—¿Quiere decirme de una vez...?

No pudo terminar la frase. El interno se le abalanzó con fuerza. Bennet perdió el equilibrio debido a lo inesperado de la agresión. Trató de reponerse, pero el otro le empujó con fuerza contra la barandilla de la escalera.

—¡Suélteme! ¿Qué intenta?

Su agresor le golpeó el bajo vientre con fuerza para impedir que pudiera forcejear.

Bennet aflojó su resistencia y su desconocido enemigo le empujó con más fuerza, al tiempo que le golpeaba de nuevo con un tremendo rodillazo.

Bennet gritó.

Su agresor masculló, bajo la mascarilla:

—Callarás para siempre, maldito charlatán.

Le elevó ligeramente y con un último empujón le precipitó hacia el vacío.

Bennet prolongó su grito que ya no cesó hasta que su cuerpo, después de golpear varias veces en la barandilla de la escalera, quedó aplastado contra el suelo de la planta baja.

Un nuevo crimen acababa de consumarse.

El interno desapareció rápidamente.

Poco después era avisado

O'Neil,
que pidió refuerzos al puesto de policía.

Mike Farrell acudió al frente de la brigada y Jack tuvo que soportar su sonrisa irónica, porque aunque no lo dijo, tenía la frase a flor de labios:

—Otro asesinato y éste ante tus propias narices, ¿eh, Jack?

Se dieron órdenes de rodear el hospital y de registrarlo todo, aunque Jack no tenía demasiadas esperanzas.

—¿Qué te hace suponer que no ha sido un accidente? —inquirió Mike Farrell.

—Sería demasiada casualidad. Bennet tenía algo que decirme. Me citó aquí.

—Bueno... De todos modos, mejor no dar publicidad por el momento —sonrió Farrell.

Jack frunció las cejas.

—Es por ti... Si se ha cometido un asesinato sabiendo que estabas tú presente... Bueno, las cosas ya están bastante mal y...

—Gracias por tus consejos, Farrell. En lo que a ti concierne, haz lo que quieras. Yo seguiré adelante.

—¿No quieres que me encargue del asunto? Tienes muchos casos entre manos y ninguno resuelto.

—Éste es el mismo caso, Farrell. Si fracaso siempre te quedará el consuelo de recoger los pedazos. Los míos.

Salió de estampida del centro hospitalario para dirigirse a casa de Bennet. Allí estaba su hijo. Todavía no se había enterado del accidente.

—¿Qué pasa? —preguntó al verle—. ¿No le ha dicho su hija que...?

—Sí, Paul. Jenny me dijo que tu padre quería hablar conmigo. Pero... llegué demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir?

—Lo siento, Paul. Tengo que darte una mala noticia.

Después de contarle lo sucedido a su padre, tuvo que tranquilizar al muchacho.

—Lo sabía... ¡Sabía que esto no terminaría bien! ¡Dios mío! ¿Dónde está? ¡Quiero verle!

—Nada puedes hacer ya por él, Paul. Desde luego, lo verás. Más tarde.

—¡Quiero ir ahora! —gritó el joven.

—Le están realizando la autopsia. Era necesario. Yo he venido para que me cuentes lo que sepas.

El joven vaciló.

—Tu padre tenía algo importante que decirme. ¿Sabes tú de qué se trata?

Otro silencio.

—He venido a hablarte particularmente, pero si te niegas tendré

que rogarte que me acompañes. Se trata de un crimen, y no del primero. Empiezo a sospechar que todo está relacionado. Vamos, Paul, haz un esfuerzo. Sé lo que sientes, pero debes hablar si no quieres que el asesinato de tu padre quede impune.

Paul se decidió al fin. Algo más sereno, empezó:

—La mujer de Newman hacía chantaje a mi padre —dijo.

—¿Qué has dicho? Repítelo.

—¡Sí! Era una vulgar chantajista. No era cierto que estuviese del todo inválida. Tenía una lesión, sí, pero podía andar. Se escudaba en su enfermedad. Eso parecía hacerla más respetable. Pero extorsionaba a la gente.

—Entonces... Tu padre tenía algo que ocultar.

—Sí, teniente.

—Temo que tendrás que decírmelo.

—Lo que voy a contarle, teniente, quisiera que no se divulgara. Si es que es posible... Seguramente hallará usted más pruebas sin tenerle que mezclar a él... Ahora ya está muerto y...

—Te comprendo y haré lo que pueda —repuso Jack.

—Fue hace años. Yo no supe la verdad hasta hace muy poco... Verá, le hablo de una época en que las cosas de mi familia no marchaban muy bien. Mi padre comenzaba a ejercer y mi madre se hallaba muy delicada. Precisaba de unos cuidados especiales. Ellos, mis padres, vivían en un pueblo pequeño. Había allí otro médico y todos acudían a él. Parece que la situación, agravada con la enfermedad de mi madre, había llegado ya a ser desesperada.

El teniente le escuchaba sin interrumpir. El joven, tras una pausa, prosiguió:

—Un día vinieron a buscar a papá para hacer una intervención. Era en un lugar de las afueras, una especie de cabaña. Había un hombre gravemente herido. Era un perseguido por la justicia. Un criminal.

—Ya —murmuró Jack.

—Le ofrecieron mucho dinero por su trabajo y por su silencio.

—Comprendo.

—Mi padre aceptó, ¿sabe? Él no lo hubiera hecho, O al menos habría denunciado el caso, pero necesitaba aquel dinero... Un dinero que, al fin y a la postre, no sirvió de nada porque mamá murió.

—¿Y cómo sabía esto la mujer de Newman?

—Porque vivía allí. Eso me dijo mi padre. Trabajaba en unos almacenes. Entonces eran más jóvenes, pero ya tenía muchas ambiciones, hasta creo que estuvo enamorada de mi padre.

Otro silencio.

—¿Se supo eso? —preguntó Jack.

—No. Una vez muerta mi madre, papá tal vez hubiese confesado. Esa acción suya la tenía clavada como un hierro candente, pero no quiso que yo pagara las consecuencias. Temía que esa mancha cayera sobre mí.

—De todos modos, esa mujer, la Newman, tenía que saber...

—Esa mujer era una cualquiera, teniente. Frecuentaba los *dancings* de carretera. Había visto a mi padre alguna vez saliendo de la cabaña... Luego, cuando la policía descubrió al fugitivo, ella le dijo que lo sabía todo. Seguramente allí habría empezado el chantaje, pero papá decidió marchar de aquel lugar que tan malos recuerdos le trajo y ya no volvimos a verla hasta aquí.

Tras otro silencio, el policía comentó:

—Bien. Supongo que tu padre no sería la única víctima. Eso explicaría la presencia del dinero en el cajón del tocador.

—¿Dinero? ¿Qué dinero?

—Había dinero en su casa, Paul. Más o menos la cantidad que robaron de la licorería del señor Brown.

—¿Qué quiere decir?

—Aunque el señor Newman me dijo que su esposa solía guardar dinero en su casa, me imagino que no lo tendría tan a mano. Hay una caja fuerte en la casa. Me fijé en ella. Lo lógico es que el producto de los chantajes lo guardase en lugar seguro. Ingresarlo en el Banco hubiera llamado demasiado la atención, una caja fuerte particular es más seguro, pero ése no estaba en la caja... Lo cual quiere decir que no hacía mucho que lo había cobrado.

—¡Nosotros no le entregamos ningún dinero! —exclamó Paul.

—¿No?

—¡Teniente! No puede pensar que mi padre o yo robáramos el dinero de la licorería para pagar a la Newman.

Jack guardó silencio y Paul sintió crecer su indignación:

—¡Usted no puede acusarnos de ladrones!

—Yo no os acuso.

—Entonces...

—Paul... Cuéntame exactamente lo que ocurrió anoche.

—Está bien. Se lo contaré.

CAPÍTULO VI

Paul Bennet retrocedió con el pensamiento hasta la noche anterior y comenzó el relato de los hechos.

—Cuando Jenny llamó a casa para pedirle a mi padre que fuera a visitar a la señora Newman, comprendí que iba a ocurrir algo.

«—Esto es sólo una excusa para verme a solas —exclamó papá—. Es su sistema. Aprovecha cuando su marido tiene que salir.

»—¿Crees que va a pedirte más dinero? —pregunté yo.

—Estoy seguro de ello, hijo. Pero esta vez voy a terminar para siempre. No quiero seguir siendo víctima de esa extorsión.

»Nunca había visto a mi padre tan nervioso. Generalmente estaba siempre muy calmado, tenía una absoluta serenidad, pero ayer parecía haber cambiado. Me inquietó su estado. Por eso, cuando él salió de casa, me dispuse a seguirlo...

»Para que no se diera cuenta pedí al chófer que diera un rodeo hasta llegar, por fin, a la casa de los Newman.

»Despedí el taxi y me oculté en el jardín de la casa vecina. De pronto, vi aparecer a papá y a Jenny. Oí como le decía que fuera a la farmacia de la esquina a buscar un medicamento. Luego vi cómo mi padre se metía en el coche que había dejado frente a la puerta de la casa y se alejaba.

»Respiré tranquilo y me dispuse a regresar, pero cuando apenas había andado unos pasos vi nuevamente el auto. Mi padre se había limitado a dar la vuelta a la manzana para regresar. Esta vez metió el coche en la parte lateral, desde donde es imposible verlo desde la calle porque queda protegido por la arboleda.

»Corrí para hablar con él. No sé lo que pensaba en aquellos momentos, pero no quería dejarle solo. Aquella forma de proceder no era corriente en él.

»Cuando llegué junto al coche ya no estaba. Intenté encontrarle, sin resultado.

»Hay dos puertas secundarias en la parte trasera de la casa y ambas estaban cerradas.

»Estaba decidido a entrar por la principal cuando apareció papá por una de esas puertas.

»—¿Qué haces aquí? —me preguntó nervioso.

»—¿Por qué has vuelto, papá? ¡Dime la verdad!

»—Calla ahora. No grites. Jenny ha vuelto de la farmacia y podría oímos.

»—¡Papá! ¿Por qué has vuelto? —insistí.

»—Ya hablaremos por el camino, hijo. Creo que necesito una buena copa. Conduce tú.

»Me empujó hacia el coche. Yo estaba desolado. Quería saber la verdad.

»Estaba tan nervioso que ni siquiera acerté a poner el coche en marcha a la primera. Hice más ruido de lo normal. Eso debió ser lo que hizo asomar a su hija por la ventana.

»Luego, ya lejos de la casa, papá me dijo:

»—Estaba decidido a terminar de una vez, Paul, y sólo me quedaba una solución... Mandé a Jenny a la farmacia a por un preparado con una fuerte dosis de somnífero. Pensé que de esta forma con ella durmiendo podría trabajar sin riesgos...

»—¿Qué te proponías?

»—Ella guarda documentos importantes. Mi intención era quitárselos, ¿comprendes?

»—No.

»—Sí, hijo. Ella me hace chantaje. Pues bien, me iba a jugar el todo por el todo: o dejaba de atosigarme o yo hacía llegar aquellos documentos a la policía. Era la única solución. Los chantajistas son implacables. O se les mata o se les compra, pero yo no pensaba en ninguna de ambas cosas.

»Mi padre siguió explicando:

»—Sé que antes de verse descubierta hubiésemos llegado a un acuerdo. Sé que no es jugar limpio, pero era mi única salida, antes de que me arruinara por completo.

»—¿Encontraste los documentos?

»—No, hijo. Deben estar en su caja fuerte, pero yo no soy hábil para esas cosas. Creí que tendría valor, pero es inútil. Oí que Jenny volvía y me asusté. Pensé que sería mejor volver. No sé...

»Estaba abatido. Vencido. Había querido hacer algo que no encajaba con su forma de ser. Le comprendí y me apené de él.

»Esto es todo, teniente. Le he dicho la verdad».

Jack encendió un pitillo y se puso en pie.

—Si lo que me has contado es cierto, cuando tu padre salió de la casa, la señora Newman todavía estaba viva.

—¡Claro que tenía que estar viva!

—Jenny dijo que cuando subió a llevarle el medicamento dormía. La segunda vez, cuando oyó un ruido y subió, la encontró asesinada.

—Eso quiere decir...

—Eso quiere decir que en la casa había otra persona. ¡El asesino!

—Claro, debió ser así. Jenny puede probarlo.

—Un momento, Jack. Jenny sólo puede probar que vio el coche de tu padre salir... cuando ya la señora Newman estaba muerta.

—Pero nosotros... ¡Oh, no, teniente! El asesinato debió producirse en el tiempo en que mi padre salió de la habitación de la señora Newman y permaneció conmigo hablando en el jardín.

—Tal vez. ¿Cuánto tiempo estuvisteis hablando?

—No sé. Dos o tres minutos.

—Pongamos que tu padre empleara otros dos para salir. Es muy poco tiempo.

—Pero mi padre no estuvo forzosamente siempre en la habitación de la señora Newman.

—¿No?

—No. Claro que no. Durante los diez minutos que permaneció en la casa por segunda vez buscó la caja. Me lo dijo.

Y el joven recordó sus palabras.

«Esa condenada caja guarda muchos secretos», dijo mi padre.

—¿Dónde está? —le pregunté yo.

—En el gabinete del piso bajo —me contestó.

—Bien. Haré un informe —atajó el policía—. De momento no salgas para nada de la ciudad sin avisarme.

—¿Quiere esto decir que estoy detenido?

—Si pensara detenerte, te llevaría conmigo y conseguiría una orden del juez. Pero no salgas. Haz lo que te digo. Desde luego te necesitaré otra vez y puede que no sea la última.

—Por favor, teniente... No quiero que el nombre de mi padre se

vea ensuciado por el fango.

Jack salió de la casa sin hacer ninguna promesa.

Más tarde se reunía con su hija.

—Has tardado mucho, papá. ¿Has hablado ya con el doctor?

Jack tuvo que contarle lo ocurrido ante la consternación de la muchacha.

Luego, más serena, murmuró:

—Debí haber hablado antes contigo.

—Eso ya no tiene remedio ahora. Dime... Trata de recordar y dime cuánto tiempo empleaste en ir de la casa de los Newman a la farmacia y regresar. Recuerda también las horas. Quiero saber todo lo que oíste, segundo a segundo, desde que Bennet se marchó la primera vez.

—Sí, papá. Trataré de ayudarte —murmuró ella.

Permanecieron hablando. Jack hacía varias veces la misma pregunta para asegurarse de que la respuesta de su hija era correcta. Al mismo tiempo tomaba notas en su agenda y hacía algunos cálculos.

Por fin salió de casa para dirigirse hacia la brigada. Preguntó por Cobb, pero no estaba.

Caía ya la tarde y se decidió a ir a hablar con el fiscal.

—Creo que voy a tener dificultades. Necesito abrir una caja fuerte y no creo que su propietario me dé el consentimiento.

—¿Qué caja fuerte?

—Una que está en el gabinete de la casa de los Newman. Pertenecía a la señora Newman.

—¿Y qué espera encontrar en ella?

—Pruebas.

—¿Pruebas de qué?

—De que la señora Newman se dedicaba a extorsionar a la gente.

—¿Está seguro de lo que dice, O'Neil?

—Si estuviera seguro ya tío necesitaría pruebas, señor.

—Escuche, esto es muy grave.

—Usted puede ayudarme, señor. Estamos ya casi en el fin de semana. El juez no está. El capitán Cobb tampoco, pero eso debo hacerlo urgentemente si es que no es demasiado tarde ya.

—No sé, no sé...

—Usted puede molestar al juez. Puede decirle que...

—Está bien,

O'Neil,

lo pensaré. Pero el asunto es grave. Y si damos un patinazo... Llámeme dentro de un par de horas.

Jack salió de la oficina del fiscal. Los comercios cerraban ya. Comenzaba el fin de semana.

«El maldito miedo de siempre —pensó el policía—. El temor a no complicarse... ¡Bah! ¡Dentro de un par de horas!».

En un par de horas podían ocurrir muchas cosas, aunque quizá no tantas como Jack

O'Neil

imaginaba en aquellos momentos.

Dio un rodeo con el coche. Necesitaba poner en claro sus ideas y el conducir le apaciguaba los ánimos.

—Cuando tenga la lista de los perjudicados por la Newman es posible que sepa quién es el ladrón del supermercado. Habrá una fecha, sin duda, y una cantidad... y un nombre... Sí. Sabremos muchas cosas. ¡Por eso necesito esta lista!

Por una vez, Jack se decidió a hacer las cosas a su modo.

Estaba en las afueras, cerca de aquel caserío de madera carcomida, donde había ido a buscar a Slake.

«¡Slake! Otro que tal... Y le han dejado suelto», pensó, mientras daba la vuelta con el coche, recordando que, tras la noche de retención, le habían dejado libre para vigilarle.

Llamó por la radio y preguntó por uno de sus ayudantes. Al fin y al cabo, el asunto del ajuste de cuentas también lo llevaba él, y para él, Slake tenía mucho que ver.

—¡Eh, Watson! ¿Qué tal se porta Slake?

—Lo siento, Jack —replicó la voz del ayudante—. Lo he perdido. Se largó con una furgoneta.

—Buen trabajo, Watson...

—Lo siento.

—Esto ya lo has dicho antes.

—Bueno, mira, pienso que mientras le tengamos fuera, no tendremos que preocuparnos por él.

—¿Estás seguro de que se ha marchado? ¿No habrá intentado

despistar?

—Es posible, pero ya nos enteraremos si aparece por aquí.

—Está bien. ¿Hay algo más?

—No, Jack. ¿Quieres algo tú?

—Nada, por ahora. —Jack cortó y siguió el camino de la casa de Newman. El contenido de la caja fuerte de su esposa le obsesionaba. Tenía que conseguirlo.

Claro que en aquellos momentos iba a ser difícil, porque Harry Newman no estaba solo.

Era precisamente la policía quien le acompañaba. La policía personificada en el teniente Mike Farrell.

CAPÍTULO VII

Harry Newman y Mike Farrell estaban sentados en el confortable salón principal del domicilio del político. Tomaban sendos *whiskys* mientras sostenían una animada conversación.

—El cargo es como si lo tuvieras en el bolsillo, Mike. Será para ti. Lo he estado comentando y nadie podrá hacerte la menor sombra.

—Si usted lo dice... —sonrió Farrell—. Brindemos por ello. Pero...

—Si le temes a Jack O'Neil,

olvídate de él. Ese cretino no es capaz de descubrir nada.

—Yo no le menospreciaría, señor Newman. Conozco a Jack y sé lo mucho que vale. No es un tonto, créame.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta el puesto?

—¿A quién no? Pero pienso en otras cosas.

—¿En cuáles, por ejemplo?

—En que no es por simpatía hacia mí por lo que quiere usted colocarme en el sitio de Cobb. Cree que yo seré más manejable.

—Eres muy inteligente. ¿Tienes algo más que decirme?

—Sí... Quiero decirle que si el puesto es para mí, no le defraudaré.

—Buen chico —sonrió Newman. Brindaron. Luego, el político le guiñó un ojo—. ¿Sabes? Te apuesto lo que quieras que Jack O'Neil

no va a descubrir ni uno solo de los casos que lleva entre manos.

—Entonces... ¿Me los encargarán a mí?

—Muchacho, hay cosas que... acaban archivándose por insolubles.

Rió de nuevo y el policía rió con él. Fue el teléfono quien interrumpió aquellas risas. Newman lo tomó y después de enterarse

de quien le llamaba, exclamó, malhumorado:

—¡Imbécil! Te he dicho muchas veces que no me llames aquí.

Farrell se aproximó al ventanal como si no le interesara la conversación.

Newman decía al que le llamaba:

—Está bien, está bien... Cuelga ahora. Ya te llamaré yo por la línea privada. Sí. Ahora mismo.

Colgó.

Se dirigió hacia Farrell y murmuró:

—Problemas. Siempre problemas. Discúlpame un minuto, debo resolver un asunto. En seguida estoy contigo.

Farrell asintió y Newman se dirigió hacia el despacho, cerró la puerta tras él y marcó un número.

Al policía le pareció que lo que el político iba a decir por teléfono podía resultar interesante y se dejó guiar por su curiosidad de policía. Se aproximó a la puerta y pegó el oído junto a ella.

Escuchó muy poca cosa porque evidentemente se trataba de una conversación breve, pero hasta él llegaron algunas palabras pronunciadas por Newman:

—Debes eliminarla cuanto antes. ¡Has metido la pata, estúpido! ¡Sí, ya sé! Ya sé que lo del doctor ha salido perfecto, pero esa chica puede recapacitar y darse cuenta, ¿comprendes? ¡Acaba con ella! ¡Ahora mismo! —Y Newman colgó.

Cuando sobó del despacho encontró a Farrell sirviéndose otro *whisky*.

—El último. Con su permiso.

—No te vayas aún. Tenemos que hablar de varias cosas.

—Es que tengo un servicio. Casi no me acordaba.

—Te gusta cumplir, ¿eh?

—Debo hacerme digno del cargo que usted me ofrece, ¿no?

—Nos veremos un día de éstos. Primero me tomaré un descanso. Puede que vaya a pescar.

—Estaré a su disposición, señor Newman —repuso Farrell, dirigiéndose hacia el vestíbulo.

Newman le acompañó hasta la puerta y la abrió.

—¿No le importa que le vean conmigo? —preguntó Farrell.

—¿Por qué ha de importarme? Todas las cosas las hago a la cara. Los que tienen que saberlo lo saben ya. Saben que te he

propuesto para el sitio de Cobb. Así es que no tengo que esconderme de nada.

Había abierto la puerta y ambos caminaron por el jardín en dirección a la acera de la calle. Allí había dejado Farrell aparcado su coche.

Ninguno de los dos había advertido la presencia de alguien que se hallaba oculto entre los arbustos del jardín vecino. Alguien que sostenía una metralleta.

El político, al llegar junto al automóvil del policía, le tendió la mano.

—El lunes seguiremos hablando.

—¿Está dispuesto a ir de pesca este fin de semana?

—Lo decidiré más tarde, pero ya que tienes prisa...

Farrell había abierto la portezuela. Iba a entrar y fue entonces cuando por el retrovisor vio que algo se movía entre los setos. Vio o intuyó más bien el cañón de la metralleta.

—¡Cuidado! —gritó.

La ráfaga alcanzó parte del coche y varias balas se incrustaron en el cuerpo de Newman, que salió empujado contra el vehículo para acabar rebotando contra el suelo.

Farrell intentó poner el coche en marcha para buscar al criminal atajándole por un sitio más favorable. Sin embargo, otra bala alcanzó uno de sus neumáticos traseros y el auto hizo un extraño movimiento, yendo a chocar contra uno de los árboles de la calle.

El policía saltó rápidamente por el lado opuesto y sacó su arma para disparar.

El de la metralleta se esfumó entre los setos y corrió a través de un jardín público.

Farrell se volvió un momento hacia Newman antes de perseguir al fugitivo.

Ya nada podía hacerse por el político. Estaba muerto entre un charco de espesa sangre.

Farrell corrió en persecución del asesino. Disparaba al aire para llamar la atención.

Fue entonces cuando por la otra esquina apareció el coche de Jack

O'Neil.

Jack observó la situación. Vio a Farrell. Éste se volvió y

reconoció el automóvil del colega y rival, y gritó:

—¡Han matado a Newman! ¡El asesino huye por allí!

Jack no oyó demasiado bien, pero comprendió que se trataba de algo grave y maniobró con pericia para arrancar de nuevo y meter el coche por la calle que corría paralela al jardín.

El asesino seguía protegido por los setos y continuaba en su desesperada huida.

Jack viró rápidamente y se metió por entre los jardines públicos sorteando la arboleda.

El fugitivo debió percatarse de que el coche iba a por él y se volvió, tratando de disparar.

Una ráfaga pasó cerca del auto de Jack, que viró bruscamente tratando de esquivar las balas, pero en seguida volvió temerariamente a la carga.

El fugitivo perdió por un momento la ración del coche. Jack corría ahora detrás de una hilera de setos que le ocultaba.

El de la metralleta disparó a bulto. Jack asomó con el auto unos metros más arriba.

El asesino se vio sorprendido con el coche muy cerca de él.

El policía le vio el rostro por un momento y le reconoció, pero no podía hacer nada sino ocultarse porque el otro le encaró la metralleta para ametrallarle de frente.

Agachado, Jack continuó conduciendo hacia adelante. Iba directo al criminal.

Éste seguía apretando la palanca de su arma, pero ésta había enmudecido. Todo el cargador estaba ya gastado y no tenía tiempo de reponer las municiones.

Tiró el arma en un movimiento frenético y trató de huir.

Jack recobró su posición y quiso frenar el coche antes de embestir a su perseguido, pero era tarde.

El tipo dio un traspiés, gritó algo ininteligible y cuando Jack quiso frenar, una de las ruedas había rebasado ya el cuerpo del fugitivo.

Farrell llegó corriendo, jadeante. Jack apartó el coche y dio la vuelta al cuerpo que estaba tendido en el suelo.

—¡Slake! —gritó Farrell al reconocerle.

—Sí. Voy a llamar una ambulancia en seguida. Aún vive.

—No puedo creerlo. Disparó contra nosotros... ¿Por qué?

Jack no contestó. Estaba llamando a la ambulancia.

En el hospital, Jack estaba aguardando información del doctor. Farrell no estaba.

El médico salió del pabellón de urgencias y dirigiéndose al policía, dijo:

—Está muy mal. Tendré que operar, pero no puedo garantizar ningún resultado. Desde luego, ahora no puede hablar. Y después...

Se encogió de hombros.

—Sólo quisiera saber por qué ha disparado contra Newman. Tiene que tener algún motivo.

Eso no era cosa del médico que se alejó para atender a Slake que seguía en grave estado.

Jack se volvió hacia su ayudante:

—¿Dónde diablos se ha metido Farrell?

—No lo sé. Dijo que tenía algo urgente que hacer.

—Yo también tengo algo urgente que hacer. No te muevas de aquí, Watson.

—Esta vez el pájaro no se podrá escapar, jefe.

—Te hace mucha gracia, ¿eh? —Jack le dirigió una mirada glacial—. ¡Dijiste que se había largado! Ya lo hemos visto.

—Lo siento, jefe.

—Tú solo sabes decir que lo sientes... ¡Maldita sea! ¡Otro asesinato!

Watson no supo qué decir. Jack se disculpó.

—Bueno... Todos cometemos errores. No era de esperar que Slake hiciera una cosa así. ¡Pero alguien ha debido pagarle para que lo hiciera! Te llamaré dentro de un rato. Así que despierte, quiero hablarle si es que puedo. Estaré en la casa de Newman.

Ahora quería hacer lo que se había propuesto: encontrar los documentos que pudieran acusar de extorsionista a la Newman, por eso dirigió su coche hacia aquella casa.

CAPÍTULO VIII

Había policía de vigilancia por los contornos de la casa. Jack, en su calidad de teniente, pasó al interior.

—Que no me molesten —dijo al guardia que estaba en la entrada cuya puerta seguía abierta.

—Bien, teniente.

Cerró la puerta y comenzó a recorrer la casa. Buscó con la pericia que le caracterizaba.

Nada de importancia en los cajones. También había desaparecido el dinero del tocador de la señora Newman.

—No puedo acusar a nadie —dijo, en voz alta—. Al fin y al cabo Newman podía hacer lo que quería con lo de su esposa, y ahora ya ni siquiera existe. Pero esto huele mal. Huele muy mal.

Lo único que le quedaba por ver era la caja fuerte del gabinete. Una pequeña caja empotrada detrás de un cuadro. No era ni siquiera un disimulo, ya que por otra parte era normal que en la casa existiera una caja fuerte, aunque en aquella había dos. La de Newman que estaba en su despacho y la pequeña.

¡Tenía que ver lo que había dentro de aquella caja!

Observó que no tenía ninguna clase de combinación. Se abrió con una llave. Probó inútilmente con las suyas y al fin volvió al despacho.

—No pueden haberse comido esta llave, debe de estar en algún sitio.

Entretanto, Farrell después de realizar una serie de llamadas decidió ir al hospital. Allí estaba Watson.

—¡Hola! ¿Algo nuevo?

—No, teniente —replicó Watson.

—¿Y

O'Neil?

—Ha dicho que iría a echar un vistazo en casa de los Newman.

—Voy a llamarle. ¿Se sabe algo de Slake?

—Le están interviniendo. ¿Es qué ocurre algo?

—No lo sé todavía. Pero ocurrirá...

—¿Qué pasa?

Farrell miró largamente a Watson y murmuró:

—Los asesinatos no han terminado todavía, amigo... Van a matar a otra persona esta noche. Lo único que sé es que se trata de una mujer. Nada más. ¿Dónde está el teléfono?

—Hay uno al fondo del pasillo. Tiene línea directa.

Mientras Farrell se dirigía al teléfono, Jack había dado con un manojito de llaves. Tuvo que reventar la cerradura de uno de los cajones de la mesa de despacho de Newman.

Sabía que lo que estaba haciendo no era nada ortodoxo, pero le corría prisa.

Volvió al gabinete con el manojito de llaves hallado y comenzó a probar.

Antes de conseguir dar con la llave sonó el teléfono. Al principio lo dejó llamar.

Pacientemente, siguió probando.

Por fin...

—Ésta es.

La llave encajó bien y, tras darle la vuelta, la puerta de la pequeña caja se abrió.

Jack lanzó un suspiro y buscó en el interior. Nada. La caja estaba absolutamente vacía.

—Si había algo, se lo han llevado —dijo.

El teléfono dejó de sonar.

—¡Maldita sea! —rezongó.

Se había tomado el trabajo para nada.

—Han limpiado la caja... A menos que Paul Bennet me haya mentado en lo del chantaje.

Reflexionó sobre aquella idea y añadió:

—Pudo haber sido todo una patraña para distraer mi atención...

En ese momento el teléfono sonó de nuevo. Jack se decidió al fin a tomarlo.

—¡Pesados! —gruñó y tomó el auricular. Le llegó hasta él la voz de Farrell.

—Creí que no estabas —dijo, desde el hospital.

—Está bien. ¿Qué pasa? ¿Está Slake en situación de hablar?

—No te llamo por eso. Verás... Éste no es el mejor momento para hablar de nuestras incompatibilidades...

—Al grano, Mike...

—Escucha, Jack. Necesito tu colaboración... Hasta poco antes de que Slake asesinara a Newman, no supe bien con qué clase de tipo iba a hacer el juego.

—¿Qué quieres decir?

—Que Newman, a quien Dios confunda, era un hijo de perra.

—¿Te das cuenta, ahora?

—No me gusta hablar mal de los muertos, pero ¡vaya tipejo! Palabra, Jack, no me había dado cuenta.

—¿Qué ocurrió?

—Mientras yo estaba en su casa llamó alguien... Bueno, el caso es que me enteré casualmente de que hay una nueva víctima en puertas...

—¿Qué?

—Le oí ordenar a alguien por teléfono que matara a una persona.

—¿A quién?

—¡Yo qué sé! He intentado averiguarlo, pero sin resultado. Todo lo que puedo decirte es que se trata de una mujer... Tengo grabadas en la mente las palabras que pronunció por teléfono. Un asesino anda suelto por aquí. Y van a matar a alguien más...

—Otro asesino querrás decir... Bien... No sé qué puedo hacer. Averigua lo que puedas.

—¡Es lo que he estado haciendo! Oye, rencillas al margen... Esto se complica. Newman quería hundirte.

—¡Eso ya lo sé!

—Me siento en deuda contigo, Jack.

—Oye, ahora no es momento...

—Jack... La persona a la que Newman encargó que matara a esa mujer, es la misma que se cargó al doctor Bennet.

—¿Estás seguro?

—Se lo oí decir por teléfono, Jack. Se trata de alguien que conoce a esa mujer... la va a matar para que no pueda descubrir algo que debe ser esencial. ¿Comprendes?

—Me reuniré contigo.

—Está bien, Jack. Date prisa. Temo que esto pueda ser grave. Y cada minuto cuenta.

En esos momentos, Paul Bennet, el hijo del doctor asesinado, visiblemente agitado, estaba llamando por teléfono.

La destinataria de aquella llamada era una mujer: Jenny O'Neil.

—¡Hola, Paul! He intentado llamarte antes... Me enteré de lo de tu padre.

—Sí, Jenny. Ya no hay remedio. Siento que no me hayas encontrado. He tenido que salir. Necesitaba dar una vuelta, respirar aire... Escucha... te llamaba porque tengo algo que decirte. Es algo importante. ¿Estás sola?

—Sí. Espero a mi padre. Dijo que volvería pronto, pero aún no le he visto. Esto es normal. Sobre todo de un tiempo a esta parte.

—Escucha, pues... No te muevas. Estaré ahí en seguida. Voy a coger el coche.

—¿Qué es lo que tienes que decirme?

—Ya lo sabrás. Hasta ahora, Jenny. Espérame.

Jenny quedó un tanto extrañada, pensando en lo que querría decirle Paul. Pero sus pensamientos fueron interrumpidos cuando llamaron al timbre.

Abrió. Era Laura.

—Hola, Jenny. ¿Estás sola?

—Sí...

—¿Te sorprende mi visita?

—¿Debe sorprenderme? ¡Oh, pasa! Pero si vienes a ver a papá, no está...

—No, querida. No vengo a ver a tu padre. Vengo a verte a ti.

La dejó pasar...

Mientras, Jack se había reunido con Farrell en el bar del hospital. No había noticias de Slake.

—Llamaré a Paul Bennet —dijo Jack.

—¿Bennet? —inquirió Farrell.

—No sé si me ha contado un cuento o me ha dicho la verdad, pero su padre ha sido asesinado antes de que hablara conmigo, porque quería contarme algo que al asesino no le interesaba que se supiese...

—Eso es verdad.

—Puede que alguien sepa más de lo necesario. Sólo él puede saberlo.

Marcó el número y esperó.

Esperó inútilmente, porque Paul Bennet ya no estaba en su casa. En aquellos momentos, el hijo del doctor Bennet se dirigía con el automóvil a casa del teniente para hablar con su hija.

Jack colgó.

—No contesta —dijo y quedó pensativo.

—Tu hija es bastante amiga de Paul, ¿verdad? —comentó Farrell.

—Sí. Bueno... Mi hija es joven y le gusta salir con muchachos de... —Jack se interrumpió como si de repente se le hubiese encendido una luz en su cerebro—. ¡Cielos! ¡Jenny!

—¿Qué ocurre?

—Ella habló con Paul antes de que asesinaran a su padre... Tal vez. ¡Dios mío! No quiero ni pensarlo.

Volvió hacia el teléfono y marcó el número de su casa.

—¿Estás pensando en que tu hija...?

—¡Sí, Jack! Ella puede ser la que esté en peligro. Debí haberlo pensado antes...

Pero el teléfono estaba comunicando.

CAPÍTULO IX

Jenny estaba contestando una llamada. Quien hablaba con ella, en esos instantes, era otro de los chicos con los que acostumbraba a salir. Era Roy.

La voz de Roy sonaba un tanto agitada.

—¡Jenny! Sé que te parecerá extraño, pero de pronto he pensado algo. Escucha. Es necesario que nos veamos inmediatamente.

—Ahora no puedo, Roy. Tengo visita. Además, no pensaba moverme de casa.

—¿Dices que tienes visita?

—Sí... Y sea lo que sea, ya me lo dirás en otro momento.

—¡Jenny! ¿Está tu padre en casa?

—No, Roy, y por favor... Ahora no puedo salir. No insistas.

—¡Jenny! Se trata de tu vida. Es importante. He estado reflexionando...

—¿Reflexionando?

—Sí. Escúchame... He pensado en lo de anoche. En lo que vi en casa de los Newman. Por favor, no te fíes de Paul Bennet.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo?

—No son tonterías, Jenny. Créeme. Tengo motivos para sospechar de que Paul Bennet no es de fiar.

—¡Oh, Roy! ¿Olvidas que han matado a su padre? ¡Oh, cielos! Pienso que no te has enterado. Pues su padre ha sido asesinado.

—¡Ah!

—Bueno, Roy, ya ves que lo que dices es absurdo.

—No tanto, Jenny. Por si acaso, ten cuidado. No te fíes de ese chico. No te fíes... Tengo que verte. Ahora mismo. Iré a tu casa.

—Está bien. Como quieras.

—¿Quién está contigo? —preguntó él.

—Bueno, puesto que la conoces, te lo diré. Está Laura.

—¿Laura? ¡Ah, bueno! Me alegro..., me alegro de que no estés

sola... Vendré de todos modos.

Roy colgó, sembrando la confusión en la joven Jenny. Laura se aproximó a ella y preguntó:

—¿Era Roy, el de la licorería?

—Sí.

—Pareces confundida.

—La verdad es que no comprendo nada...

Mientras tanto, Jack había desistido de intentar la comunicación.

—Será mejor que vaya para casa. Hazme un favor.

Mike. Quédate para interrogar a Slake tan pronto como esté en condiciones.

Jack salió a escape en dirección a la calle. Estaba pensando en la seguridad de su hija.

Mike Farrell, colega y rival, había oído a Newman ordenar un asesinato. El asesinato de una mujer, una muchacha...

Una muchacha que podía ser Jenny.

Cuando el policía puso el coche en marcha, Paul Bennet estaba ya cerca de la casa. Aceleraba con vehemencia, como si su presencia allí fuera una cuestión de vida o muerte, para él, para Jenny...

En aquellos momentos, Roy tomaba su motocicleta para tomar la misma dirección. Dio todo el gas y marchó como si persiguiera a alguien.

Todo el mundo parecía querer concentrarse en casa de Jack O'Neil,

aunque sólo fuera para hablar con su hija. Sí. Jenny se estaba convirtiendo en protagonista del desenlace de un drama.

El sargento de guardia recogió los últimos informes que llegaron a la brigada y los pasó rápidamente.

—Transmitan esto urgentemente al teniente O'Neil.

Intenten localizarle en el coche, o tal vez se halle en el hospital. Dense prisa. Dijo que le informáramos tan pronto llegaran.

Jack recibió la llamada mientras conducía en dirección a su casa.

—Son los informes que ha pedido, teniente.

—Está bien, léamelos. Han ido muy rápido, por esta vez.

—Así no podrá quejarse, teniente.

—Bueno, lea, le escucho.

—Se trata de la señorita Laura Walcott.

—¿Cómo?

—Laura Walcott.

—Un momento. Yo no pedí ningún informe acerca de la señorita Laura Walcott.

—Esto es lo que me ha pasado el sargento, teniente —replicó el informante desde la central.

Jack estaba desconcertado. Él había pedido un informe de los Bennet. Después de lo que le había dicho Paul, quería comprobar unas cuantas cosas, pero no mencionó ni siquiera a Laura. ¿Para qué?

¿Quién había podido pedir un informe de la muchacha?

—¿Se lo leo, teniente? —insistió el otro.

—¿Quién ha pedido eso? Haga el favor de enterarse.

—Sí, señor.

—¡Oiga! ¿Qué dice ese informe...?

—Voy a leérselo, señor...

Entretanto, Paul Bennet detenía su automóvil en la esquina. A pocos metros de la casa del policía.

Laura murmuraba en aquellos momentos:

—Voy a marcharme, Jenny.

Jenny estaba en la cocina.

—¿No quieres ni siquiera tomar café? Mientras tanto, es posible que llegue mi padre.

Laura abrió el bolso para sacar un paquete de cigarrillos. Junto al tabaco, destacaba algo no demasiado corriente en el bolso de una mujer. Un revólver. Un pequeño revólver.

Jenny apareció con la cafetera.

—Unos minutos más.

Laura cerró el bolso rápidamente y pareció olvidarse de fumar.

—Hoy he venido solo por ti, Jenny. Espero que no te haya molestado.

—Claro que no. ¿Por qué iba a molestarme?

La muchacha sirvió dos tazas de café. Laura abrió el bolso de nuevo.

En aquel instante llamaron a la puerta. Era Paul Bennet.

—Pasa, Paul.

El joven entró y se quedó un poco cortado, al ver que Jenny no estaba sola.

—Es Laura Walcott.

—Sí, creo que nos hemos visto —balbució Paul.

—Bueno, entra. Puedes hablar delante de Laura. ¿Qué era eso tan importante que querías decirme?

Paul guardó silencio, pero accedió a pasar. Parecía como si la presencia de Laura le intimidara.

Laura dejó el bolso sobre el sofá y lanzó una bocanada de humo. Cruzó las piernas. Eran bonitas. Paul parecía contemplarlas fascinado, pero en realidad no miraba nada, no veía nada.

—Escucha —soltó al fin—. Se trata del asesinato de mi padre... He estado pensando. Hay un detalle muy importante.

Jenny recordó las palabras que momentos antes había pronunciado Roy:

«No te fíes de este chico —había dicho, refiriéndose a Paul Bennet—. Ten cuidado con él».

Ahora, Paul parecía más asustado que otra cosa.

—Bueno, di —le animó la muchacha, para que hablara.

—A papá le mataron para que no pudiera hablar con la policía.

—Es posible.

—Yo estoy seguro de ello, Jenny. Tu padre también lo ha reconocido así. El asesino quiso cerrarle la boca para que no hablara, pero no ha servido de nada, porque yo lo he contado todo...

Vaciló unos instantes, miró a Laura y prosiguió:

—Alguien sabía que tu padre y el mío iban a encontrarse en el hospital.

—¿Alguien?

—Sí, Jenny. Tuvo que ser así. Toda la tarde estoy dando vueltas sobre el mismo asunto... Hubieran podido matar a mi padre mucho antes, pero no lo hicieron. No lo hicieron porque no resultaba peligroso. Ahora estaba dispuesto a hablar y por eso quisieron hacerle callar para siempre.

Jenny quedó pensativa. Paul, más envalentonado, prosiguió:

—Excepto tú, nadie más sabía lo que papá se proponía... Estábamos tú y yo en casa, ¿recuerdas?

—Sí, Paul, pero...

—Jenny, haz memoria. ¿Hablaste con alguien cuando saliste de mi casa esta mañana?

Antes de que la muchacha pudiera contestar, se abrió la puerta.

Jenny no la había cerrado cuando dejó pasar a Paul. Ahora, en el umbral, apareció Roy.

Roy sonreía:

—Vaya... Creí que estabas sola y encuentro a toda una reunión de amigos... ¿Qué tal, Laura?

Laura miró con atención al recién llegado que, dirigiéndose a Jenny, inquirió:

—Me invitas a pasar, ¿no?

—¡Roy! ¡Hablé con él! —gritó ella, recordando la conversación que tuvieron a la salida de la licorería cuando ella iba en busca de su padre.

—Sí, Jenny, hablaste conmigo este mediodía.

—Tú sabías... —empezó ella.

—Yo sólo sabía lo que vi anoche, Jenny y te dije por teléfono que no te fiaras de Bennet y ahora parece que quieras acusarme de algo.

—¿Qué es lo que vio anoche? —irrumpió Paul Bennet.

—El coche, Paul —repuso la muchacha—. Os vio a ti y a tu padre... cuando salíais de la casa de los Newman. Él estaba allí...

—¿Vio el coche? —preguntó Paul.

Roy asintió.

—¿Cuando salíamos? —preguntó Paul, otra vez.

—No. Lo vio dentro y esperó —aclaró Jenny.

Paul avanzó hacia donde estaba Laura en actitud pensativa. Laura seguía sentada, espectadora de la escena. Paul se volvió de pronto.

—¡No pudo verlo, Jenny! El no pudo ver el coche. Desde la calle, era imposible verlo... Si lo vio fue porque...

No pudo concluir la frase. Roy había sacado muy rápidamente un arma del bolsillo. Era una pistola automática, que montó rápidamente. El ruido siniestro del arma, paralizó a todos.

—Hablé demasiado ese mediodía, Jenny. Por eso estoy aquí... Te dije que había visto el coche y desde la calle era imposible verlo. De momento, seguramente no te diste cuenta, pero luego podías

haber empezado a pensar...

—¡Roy! —exclamó la muchacha.

Roy avanzó unos pasos.

—¡Vamos! Levanten todos las manos... No se muevan... Sólo vine por ti, pero ahora los demás también lo saben.

—¿Se propone asesinamos a todos? —exclamó Paul.

Laura, disimuladamente, dio un golpe con el codo a Paul que no lo advirtió.

Roy seguía hablando.

—Tenía que buscar una excusa para venir a tu casa y quería saber si estabas sola; me dijiste que Laura estaba contigo y lo lamenté por ella, pero no podía perder mi oportunidad. Una indiscreción, puede resultar cara y yo la cometí. Lo siento...

Laura volvió a codear a Paul, y éste se volvió ligeramente.

—¡Roy! ¡Estás loco! —gritó Jenny.

Laura aprovechó para indicar con una mirada a Roy dónde estaba su bolso, y en voz baja, dijo:

—Hay un revólver.

Paul lo entendió, pero no era fácil moverse en aquellas circunstancias.

—No, querida... Nada de locura. Al contrario. Pretendo salvar la piel. Las cosas son como son...

Laura intentó ganar tiempo, pues aunque Roy fingía absoluta tranquilidad, lo que hacía era disimular su nerviosismo. Era joven y se sentía atrapado.

—Roy —empezó Laura—. Te descubrirán, de todos modos... El padre de Jenny está a punto de llegar.

—No me encontrará aquí...

—Pero sabrá que Jenny habló contigo, y que tú fuiste la única persona que podía saber que el doctor y el teniente iban a hablar en el hospital.

—Esto no lo sabrá nadie. —Y Roy avanzó otros dos pasos, dominando a los tres con la pistola que movía de un lado a otro, presto a disparar.

—Sí, Roy. Se sabrá. Te cogerán, y esto no servirá de nada...

—Temes por tu piel, ¿verdad, Laura? Lo siento. No debiste haber venido a esta casa... ¿Sabes? No me importa matarte. Sé que estás enamorada de este poli... Odio a los polis... Todos son iguales.

Unos mal nacidos. Siempre persiguiendo a los débiles... A los peces gordos les dejan hacer. Les odio, y tú querías a un maldito poli.

—Roy... —insistió Laura.

—Basta de charla. Me alegro de que estéis los tres. Sí. Me alegro también por ese zángano hijo de papá.

—¡Asesino! ¡Tú le mataste! —rugió Paul y se precipitó hacia el bolso.

—¡Quieto! —gritó Roy.

—¡Al suelo! —exclamó Paul, a su vez, lanzado ya hacia el bolso.

Sonó un disparo, dos, tres...

La casa se llenó del acre olor de la pólvora...

CAPÍTULO X

El primer impacto de bala lo había recibido Paul Bennet, cuando abrió el bolso de Laura para intentar sacar el revólver.

Sintió el fuego abrasador del plomo en el hombro, pero consiguió saltar al otro lado del diván, con el bolso en la mano, intentando sacar el arma.

Roy había disparado una segunda bala, que rozó el cuerpo de Laura.

La tercera bala la disparó Paul, que había conseguido hacerse con el revólver.

Roy, al ver que el otro estaba armado, buscó dónde parapetarse, cuando en el exterior se oyó el ruido de un automóvil que frenaba bruscamente.

El asesino se volvió y pudo ver a través de la ventana, cómo Jack

O'Neil,

que había oído los disparos, se dirigía hacia la casa con un arma reglamentaria en la mano.

Se volvió para disparar contra el teniente, que tuvo que saltar para evitar ser alcanzado.

Paul disparó desde dentro y la casa se convirtió en un infierno.

Jack no quería disparar, temeroso de herir a los que estaban en la casa y a gatas, con gran agilidad, se plantó al lado de la puerta.

Vio a Roy y disparó en el momento en que éste se movía, buscando un lugar más seguro.

La bala del policía le hirió en la cadera. Lanzó una maldición y pegó un salto. Se sentía acorralado.

Disparó frenético contra los de la casa, que se habían acurrucado tras el sofá. Laura sangraba.

Jack se jugó el todo por el todo y entró como un alud en el interior de la casa.

Roy estaba cerca de una ventana lateral y saltó por ella a través del cristal, que se hizo añicos.

Marchó campo a través, volviéndose para disparar las últimas balas del cargador.

Jack corrió junto a los que estaban en el sofá.

—¡Aquí, papá! —gritó su hija.

Paul se puso en pie.

—Lo mío no es nada —dijo, pero se desmayó.

—Le han destrozado el hombro —exclamó Laura.

El policía se inclinó sobre la muchacha.

—Es sólo un rasguño —dijo ella.

Jack comprobó que la bala le había rozado el brazo.

—Hay que desinfectar esto.

—Yo lo haré —dijo Jenny, olvidándose del terror a que había sido sometida—. Tú persíguele, papá.

—Hay que avisar una ambulancia para que se lleven a Paul. Lo suyo es más grave.

Otro coche se detuvo en aquellos instantes. Era Mike Farrell, que se precipitó dentro de la casa con un revólver en la mano.

—Lo siento. Debí decidirme a venir antes —dijo.

—¡Avisa a una ambulancia! Yo voy a seguir a ese hijo de perra —adujo Jack y corrió hacia la puerta. Salió y subió rápidamente al coche para perseguir al fugitivo.

Jenny corría hacia la cocina. Farrell se limitó a preguntar:

—¿Quién?

—Roy. De la licorería —dijo Laura—. Quería acabar con todos, y por poco lo consigue.

Mike Farrell llamó a la brigada y tras dar las órdenes oportunas, se dispuso a salir.

—En pocos minutos estarán aquí. Ahora ya no corren peligro. Yo iré a echar una mano a Jack.

Salió y se metió en el auto, cuando ya Jack intentaba localizar al fugitivo que se había escapado por entre las calles de la zona residencial ajardinada.

La oscuridad era un buen aliado para Roy, que se detuvo en algún lugar para cambiar el cargador de su pistola. Quería tenerla a punto para defenderse, para seguir matando, antes de dejarse alcanzar.

La herida, cada vez le dolía más y tenía que correr con mucha dificultad, pero aguantaba como podía y seguía protegiéndose entre los arbustos de los jardines.

Jack se cruzó con un auto patrulla y se detuvo.

—Busco a un tipo que anda huyendo. Va armado. Está por esta zona. ¿Le han visto?

—Por aquí, no, teniente.

—Entonces, es que sigue en la zona.

—Le echaremos una mano.

El coche patrulla rodeó la zona y Jack siguió a pie, metiéndose entre los jardines.

Farrell llegó por el otro lado y al cruzarse con los de la patrulla, fue informado:

—¡El teniente

O'Neil

le sigue por los jardines! Nosotros intentaremos cortarle la salida.

—Pidan refuerzos a la brigada. Dense prisa.

—Ya lo hemos hecho, teniente.

Todas las fuerzas de la policía estaban en acción. La ambulancia había llegado ya a casa del teniente Jack

O'Neil

y se disponían a trasladar a Paul Bennet.

Un policía quedó de guardia en la casa, mientras Laura sugería:

—¿Quieres que vayamos a mi casa?

—No. Prefiero quedarme aquí.

—Entonces, te haré compañía.

—Es mejor que te echas. Estás herida.

—No es nada. Ya lo has visto.

Se quedaron. El policía permaneció en la puerta en la parte exterior.

Algunos vecinos se habían asomado. Los agentes les calmaron.

—Vuelvan a sus casas. Nada tienen que hacer aquí. Vamos, vuelvan, vuelvan.

Jack, mientras tanto, intentaba descubrir el escondrijo de Roy. Encontró alguna huella de su paso, pero el fugitivo seguía sin aparecer.

Roy, por su parte, aguardaba tras unos setos cerca de una calle.

Vio pasar a uno de los coches y se acurrucó. A lo lejos, se oían

las sirenas de otros autos oficiales. Salió rápidamente y cruzó la calle como una exhalación, metiéndose por la parte lateral de un jardín particular.

Un hombre asomó al oír las sirenas. Miró en su derredor y le pareció oír un ruido. Se volvió.

Roy le apuntaba con la pistola, dispuesto a disparar si el hombre le descubría.

El dueño de la casa miró en torno suyo y pareció no haber visto nada, pero en seguida que entró en la casa, se dirigió hacia el teléfono.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer del individuo.

—Apaga todas las luces. Hazme el favor...

El ciudadano llamó a la brigada. Dio sus señas e informó:

—Hay un tipo escondido en mi jardín. Creo que va armado. He fingido no verle, pero parece peligroso...

Le hicieron repetir las señas, pero Roy ya había escapado, saltando la tapia del jardín y metiéndose en otras zonas privadas. Ahora pisaba terreno seguro, porque los que le perseguían no le buscarían por allí.

Desde la central alertaron a las patrullas.

—Atención, atención. El hombre al que buscan, puede estar escondido en unos de los jardines privados de la zona. Acudan al 1040 de la Hicht Road. Han informado que un tipo armado se hallaba escondido. Tomen precauciones.

Jack cruzó la calle en aquella dirección. Uno de los coches patrullas se detuvo cerca de él.

—¡Teniente! —grite uno de los agentes—. ¡Tenga cuidado! Han visto al sujeto que buscamos cerca de donde está usted.

—No puede andar lejos —repuso Jack

O'Neil

—. Le estoy siguiendo el rastro. Va perdiendo sangre.

En efecto, en el suelo, a regular distancia, aparecían gotas de sangre que el fugitivo perdía en su huida.

Pero Roy, en su desesperada fuga, había llegado cerca de la casa del policía. Arrastrándose, se aproximó al jardín contiguo y vio la silueta del policía.

En la calzada, vio el coche patrulla con las luces de situación encendidas y la lámpara rotativa de la parte superior lanzando

constantes destellos.

La noche era totalmente oscura. Sólo la luz de la casa, algunas otras de la vecindad y las del coche.

Tenía la pistola montada y el policía de espaldas.

—Jenny debe de estar en la casa —se dijo, y apuntó cuidadosamente a la espalda del policía.

El agente se volvió un momento, justo en el instante en que Roy apretaba el gatillo.

El balazo le alcanzó en el cuello y cayó sin poder lanzar ni un grito. El estallido había llegado a oídos de Jack, que se encontraba a unos quinientos metros.

Pero ya era tarde para evitar que Roy volviera a entrar en la casa.

CAPÍTULO XI

Las dos mujeres volvían a estar en manos de Roy, que las mantenía encañonadas.

—De prisa. Tú, Laura, vas a conducir.

—¡No puede, está herida! —protestó Jenny.

—Entonces, conducirás tú.

—Ella no tiene mucha práctica —protestó Laura.

—Ya la cogerá. ¡Andando! ¡Al coche!

Las obligó a salir y con el cañón del arma, empujó a Jenny, advirtiéndole:

—Y mucho cuidado, porque a la menor tontería, voy a disparar.

Las hizo subir a la parte delantera del coche patrulla. Él se sentó en los asientos posteriores.

—¡Arranca, Jenny! ¡De prisa!

Jack

O'Neil,

espoleado por el disparo que había oído, corría con toda la fuerza de sus pulmones.

Se hallaba a unos doscientos metros cuando el auto conducido por Jenny, se puso en marcha.

Roy, sin dejar de encañonar a las dos muchachas, ordenó:

—Pasadme el radioteléfono. ¡Rápido! Quiero dar mis propias instrucciones a los polis...

Instantes después, la voz del asesino llegaba hasta el locutorio central.

—Escuchen bien. Llevo dos rehenes conmigo. Jenny

O'Neil

y Laura Walcott. Si intentan seguirme, acabaré con ellas. No quiero ver ni un poli a mi alrededor. ¿Lo han comprendido? Dejen de seguirme. Si veo un coche detrás de mí, ellas morirán... Si me han de cazar, las mujeres caerán primero... ¿Lo han comprendido bien?

¡Contesten! ¿Lo han entendido?

Se hizo un silencio. Luego, la voz del locutor de la central, respondió afirmativamente:

—Sí, Roy. Le hemos entendido.

—Pues pasen el mensaje a todos los coches. No quiero ver a ninguno.

Cuando Jack llegó a su casa, jadeante y sin apenas aliento por la carrera que había realizado, comprendió lo ocurrido.

Llamó rápidamente por teléfono, pero antes de que contestaran, apareció el automóvil de Mike Farrell, que entró en la casa para darle la noticia.

—Lo siento... Se las ha llevado. Están en su poder. Son sus rehenes.

Jack apretó los puños.

Farrell le advirtió de que no debía seguirlos.

—Claro que no puedo aconsejarte en esto. Se trata de tu hija y de esa otra muchacha, Laura...

¡Su hija y la mujer con la que pensaba casarse!

¿Qué podía hacer?

Otro coche patrulla llegó a la casa y se hicieron cargo del policía que había muerto.

—¿Hacia dónde se han dirigido? —inquirió Jack a uno de los agentes.

—Siguen hacia el sur. Están todavía en la ciudad. Parece que van a salir por la 324. Es el informe que tenemos, pero no podemos seguirle. Esperan que usted de las instrucciones, teniente —terminó diciendo el agente.

Se hizo un silencio. Jack se había dejado caer en una butaca. Buscaba la difícil solución.

Se incorporó y murmuró:

—Retírense todos. Utilizaré un coche particular. El mío. Necesito sólo un transmisor.

—Yo te proporcionaré uno —intervino Farrell.

—De acuerdo. ¡Vamos!

—¿Qué piensas hacer?

—Ir solo.

—¡Espera! Mejor con una furgoneta. O una ambulancia. Tengo una idea.

—No tengo tiempo que perder.

—Le vamos siguiendo. Todas las patrullas de carretera están alertadas.

—Deben apartarse de la ruta. ¡No quiero que ni a Laura ni a mi hija, les ocurra nada!

—No te preocupes. Los chicos trabajarán bien. Roy ni se dará cuenta —repuso Farrell, decidido a colaborar.

En el coche del propio Farrell se dirigieron al hospital. Jack habló a través del radioteléfono.

—¡Que preparen una ambulancia! Sin chófer. Yo mismo la conduciré.

Cuando llegaron, la ambulancia ya estaba a punto y junto a la ambulancia estaba el agente Watson, que tenía algo que decir a su jefe.

—Teniente —se dirigió a Jack—. He podido hablar con Slake.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Jack, con un pie en el estribo de la ambulancia.

—Muy poco. Ha muerto... Pero creo que su confesión servirá de mucho.

—De prisa, Watson. No tengo tiempo que perder.

—Slake confesó que fue Harry Mewman quien le pagó para que matara a aquel muchacho. Quería que se produjese una lucha de bandas; por lo visto, pretendía sembrar el desconcierto en la ciudad, una ola de crímenes y confundir a la policía para desprestigiarla. Vino a decir esto. Lo tengo todo grabado y además había testigos...

—Sigue. ¿Qué más?

—Quería organizar su propia policía, que él mismo pudiera manejar.

—Sí, pero... Si Newman era el que le daba las órdenes... ¿Cómo pudo Slake matarle a él? Eso no parece tener sentido.

—Hay otra persona por encima de Newman. Fue quien le obligó a matarle...

—¿Otra persona? ¿Quién?

—Eso ya no pudo decirlo, Jack.

—¿Te habló de Roy?

—No. No dijo nada.

—Entonces... ¿Para quién trabaja Roy? Bueno... Ya lo averiguaremos. Ahora tengo que irme.

Jack no quería perder ni un solo segundo más. Su hija y Laura seguían en peligro y se lanzó en persecución del tipo que las llevaba como rehenes.

Roy había tomado ya alguna distancia.

Los coches patrulla, alejados de su vista, se hallaban situados en puntos estratégicos para controlar su paso.

Jack, provisto de un transmisor, se lanzó por la carretera Sur.

Doce minutos más tarde, Jack había avistado el auto del criminal.

Roy miraba de vez en cuando por el cristal trasero. Advirtió la proximidad de la ambulancia y dudó unos momentos, pero viendo que el vehículo pretendía adelantarle, se calmó.

—Deja pasar a la ambulancia —ordenó a Jenny, que seguía al volante.

No era una gran conductora, pero el mismo miedo, la mantenía aferrada al volante.

La ambulancia conducida por Jack

O'Neil

rebasó el coche. Roy no pudo ver al conductor, porque Jack se encasquetó el gorro de enfermero de modo que su rostro quedara oculto.

Un par de kilómetros más adelante de donde Jack había rebasado el coche, Roy hizo que Jenny tornara un desvío que se dirigía hacia la montaña; era un ruego atajo que conducía a la zona del lago, a unos diez kilómetros de distancia. Se trataba de un camino polvoriento e intransitable. El auto marchaba dando tumbos.

Jack fue informado a través del transmisor. La voz de Farrell, que le seguía a unos cinco kilómetros, le advirtió:

—Se alejan de la carretera por el desvío del kilómetro 310. Es el viejo camino del lago.

—Gracias, Mike, intentaré alcanzarles de nuevo.

—Ten cuidado. Si te ve... ¿Quieres que te releve? Voy en un coche particular.

—Gracias, Mike, pero soy yo quien tiene que resolver este asunto. Lo que no comprendo es qué pretende yendo por ese camino. Está en pésimas condiciones.

—Lo sé. Cobb suele utilizarlo, pero él va con un «Land Rover».

—¿Cobb? Cobb está en el lago pescando, y hasta llegar allí no hay ningún otro sitio para esconderse. Quizá convendría que le avisasen, Mike.

—Como quieras.

—Pero que no intervenga. Únicamente que abra los ojos. Si Roy se dirige hacia allí, quizá podamos atraparle más fácilmente. Pero ¡por Dios, que no intervenga!

Mike Farrell quedó pensativo.

—¿Me has oído, Mike? —insistió Jack.

—Sí. Te he oído, pero estaba pensando...

—¿Qué?

Mike reflexionó, pero no quiso descubrir sus pensamientos. Tampoco hizo nada para avisar al capitán Cobb. Siguió su camino hasta el cruce y una vez allí, se metió por el camino intransitable, siguiendo las huellas del Vehículo del fugitivo y acelerando.

Jack seguía con la ambulancia, campo a través.

CAPÍTULO XII

El capitán Cobb estaba en su refugio del lago y desde allí, gracias a una emisora especial, podía seguir la onda privada de la policía, informando del curso de la persecución.

Cobb había salido de casa con su «Land Rower» momentos antes, dejando la radio en funcionamiento.

A dos kilómetros de la zona del lago, entre un laberinto pedregoso y abrupto, totalmente diferente del paisaje lacustre del otro lado del monte, el auto de Roy y sus rehenes había tenido que detenerse a consecuencia de un pinchazo.

—¡Vamos! De prisa. Hay que cambiar ésa rueda. Moveos.

A punta de pistola, obligó a las dos muchachas a que cambiaran la rueda.

Paralelamente y a través del áspero terreno cubierto de arbustos y grandes matorrales, Jack había lanzado la ambulancia a toda la velocidad posible. En la oscuridad, el vehículo solo era visible a poca distancia, por eso Jack, que marchaba con las luces apagadas, se había ido guiando por los faros del vehículo al que perseguía.

Al discurrir por un plano más alto, pudo ver cómo el coche se detenía. No podía estar seguro de lo que pasaba, pero tampoco podía aproximarse más sin riesgo a ser visto. Decidió bajar y descender a pie unos cuantos metros.

Creyó adivinar el perance de la rueda y echó a correr.

«Me dará tiempo», pensó.

Corrió a pleno pulmón por entre los accidentes del terreno. El campo de arbustos y matorrales había quedado atrás. Ahora todo era terreno pedregoso en la falda del monte.

El kilómetro y pico que le separaba era un fuerte impedimento, pero quedaba compensado por la impericia de las dos mujeres en la tarea de cambiar ruedas.

—¡Vamos! Apretad las tuercas, una a una —decía Roy.

La rueda de recambio había sido colocada de nuevo. Faltaba únicamente sujetarla.

Laura estaba agachada junto a Jenny, que era la que atornillaba.

De pronto sonó el chasquido de una piedra, como si alguien acabara de tropezar en ella. Roy se volvió velozmente. Vio algo que se movía y gritó:

—¿Quién anda ahí?

Era Jack, estaba detrás de una roca encañonándole. Había visto que las dos muchachas —su hija y Laura— se hallaban aún junto a la rueda, agazapadas. Afinó la puntería.

Roy dio unos pasos.

—¿Quién va? —gritó otra vez, angustiado el joven.

Más arriba, se movía otra persona. Se creyó acorralado y corrió junto a las chicas.

No podía sospechar que le hubieran seguido, pero quería tomar precauciones.

—¡Quieto, Roy! —gritó Jack, sin dejar de apuntarle.

Roy volvió el arma hacia las muchachas. Entonces sonó un disparo.

Jack se volvió. Él no había disparado. La bala surgió de otra parte, algo más arriba. Había sido un disparo de rifle.

Roy cayó con el pecho ensangrentado, dio una vuelta y disparó, cuando el rifle sonaba de nuevo.

El disparo del herido dio en el blanco. Un cuerpo cayó al suelo y rodó por la pendiente.

Jack salió de su escondite y corrió hacia Roy, que había soltado el arma.

No tardó en llegar un coche a toda velocidad. Los faros Sembraron la tétrica escena, cuando Jenny, tras la primera sorpresa se arrojaba a los brazos de su padre.

—¡Oh, papá! Esta vez sí que tuve miedo de verdad... Creo que no me he dado cuenta hasta ahora.

Jack después de abrazar a su hija y sin soltarla, se aproximó a Laura, a la que abrazó también.

—Éste ya no volverá a molestaros.

El auto había llegado y de él se apeó Mike Farrell. Antes de que pudiera decir nada, Jack murmuró:

—Cúbreme. Hay alguien allí.

—¡Cuidado! —gritó Farrell.

No. No había por qué tener cuidado. Jack encontró entre las piedras a Cobb. Estaba herido. Herido de muerte. Apenas respiraba.

—¡Cielos! ¿Eras tú...? ¿Te han avisado? ¡Oh, Cobb! Te ayudaré...

—No me toques... Es mejor así. ¿Sabes? Esto es el fin. Yo me lo he buscado...

Jadeó sin fuerzas. Jack comprendió que estaba realmente muy mal herido.

—Ese condenado asesino... Disparó al azar, pero dio en el blanco. Quizá haya sido mejor así. Ahora, todo lo veo más claro. Lo que iba a hacer... no tenía sentido.

—¿De qué me estás hablando? Anda, cálmate. Llamaremos a la ambulancia.

—Para mí no hace falta, amigo... Déjame hablar, si tengo tiempo... Quiero tranquilizar mi conciencia.

—¿De qué estás hablando?

—Te aseguro que no deliro, ¿sabes? Ese hijo de satanás... Newman...

—Ya lo sabemos. El manejaba todo, pretendía armar una revuelta, desprestigiar a la policía...

—Sí, lo sé, lo sé... Y su esposa. Tú lo descubriste. Era una vulgar chantajista. Yo... Yo, yo lo sabía... Creo que lo descubrí al mismo tiempo que Newman.

Jack escuchaba atentamente, no quería interrumpirle. Veía que su amigo se estaba ahogando. Se esforzaba para hablar, para decir algo importante. Le dejó proseguir.

—Son cuarenta años de servicio, Jack... Cuarenta años de críticas, de jugarse la piel por un miserable sueldo, mientras otros vivían a lo grande...

—Es nuestra profesión, Cobb.

—Te elegí a ti porque eras un hombre honrado, el único que podía sustituirme. Yo... Yo preferí largarme para no dejar una mancha en la policía.

—¿Una mancha? Tú has sido el mejor, Cobb.

—Tal vez... Pero estaba cansado... En mi caja fuerte encontrarás... encontrarás...

La voz se le iba apagando, pero reunió fuerzas para continuar:

—... encontrarás los documentos de la Newman... Quería limpiar la ciudad, ¿sabes? Quería limpiarla de canallas... Todo está en manos de gentes que tienen mucho que ocultar... La Newman les extorsionaba... Sólo había un medio para acabar con todo. ¡Matarlos! —Tosió. Escupió sangre y prosiguió—: Yo..., yo pagué a Slake para que acabara con Newman... Quería continuar con todos..., pero pensaba en la conveniencia de..., de utilizar todos los documentos de la Newman en mi provecho... Dudaba, ¿sabes?

—Tú jamás hubieras hecho esto, Cobb.

—No lo sé, pero era mi oportunidad. Era... —Ya no pudo seguir. Dejó caer la cabeza a un lado. Había vaciado su conciencia. Jack comprendió al policía acabado, al hombre que tras largos años de servicio había tenido una debilidad.

—Matar a los indeseables. Acabar con ellos por la vía rápida... o aprovecharse de sus debilidades —murmuró.

Ambas cosas estaban fuera de la ley, pero...

Volvió la cabeza. Observó a Farrell, que había oído parte del diálogo.

—El caso es tuyo. Yo no sé nada —dijo.

—Habrá que hacer un informe —adujo Jack.

—Pero nadie te pide que hables de Cobb, ¿verdad? Era un buen policía. ¿Por qué ensuciar su nombre? ¿No piensas igual?

—Gracias, Mike —fue la respuesta de Jack.

Roy murió dos días después en el hospital, pero antes pudo hacer una declaración completa. Jack la había grabado y ahora la estaba escuchando:

—La vieja me extorsionaba... Quiero decir la señora Newman, claro. Había averiguado que tenía dos fugas en mi haber... Desde la segunda, no me habían pescado...

—¿Por qué te condenaron, Roy? —sonaba la pregunta de Jack a través del magnetófono.

—Robo a mano armada. Hubo un muerto, pero no fui yo el asesino. De todos modos, me salieron diez años. Yo no quería pudrirme. Salí y cambié de nombre, pero la Newman me reconoció por una fotografía. Coleccionaba fotos y recortaba rostros... Me exigía dinero.

—¿Y tú robaste la licorería para pagarle?

—Sí... Pero eso fue solo una excusa, porque yo no soy un

cualquiera, ¿sabe? Así que fui a ver a Newman y le dije lo que ocurría...

—¿Qué le dijiste?

—Que su esposa era una chantajista y que no estaba dispuesto a tener que robar por ella y si se iba de la lengua, yo también hablaría. Yo me iría a la cárcel, pero todo el mundo sabría quién era la esposa del gran Harry Newman...

—¿Y qué te contestó Newman?

—Newman debía sospechar algo, pero no tenía la evidencia... ¿Sabe qué me dijo? Pues que le trajera el dinero y que... acabara con ella... Él lo arregló todo para salir aquella noche y dejar a su hija al cuidado de ella. Así podría atacarle a usted a través de su propia hija, porque el crimen se habría producido casi en sus narices. Ya me cuidaría yo de que ella no me viera.

—Sigue, Roy.

—Ya no hay más que contar. Yo cumplí mi encargo, pero no contaba con la visita de los Bennet. Me escondí en la casa y...

—¿La mataste cuando los Bennet se marcharon por segunda vez?

—Exacto... Iba a hacerlo, pero oí ruido y me escondí. La vieja no desconfiaba de mí porque creía que le llevaba el dinero. Así es que me escondí detrás de las cortinas. Cuando Bennet se largó, acabé con ella...

—¿Y también fue Newman quien te ordenó que mataras a mi hija?

—Sí. Yo había hablado con ella. Le había dicho que vi el coche de Bennet y me di cuenta de que había hablado demasiado...

—¿Por qué lo dijiste?

—Yo quería..., quería que su hija me tuviera confianza. En el fondo..., me gustaba, ¿sabe?

—Y quisiste matarla.

—Era mi piel la que estaba en juego...

Jack cortó la grabación.

—Su piel la que estaba en juego, y ahora ya está muerto. Todo este jaleo no ha servido para nada.

Siete asesinatos era el balance. Un chico de la calle, Slake, Roy, los Newman, un agente de policía en servicio y... el propio capitán Cobb.

Jack dejó su despacho en la brigada para dirigirse a su casa. Le esperaba su hija y Laura, que estaba invitada a comer...

EPÍLOGO

Todo parecía haberse olvidado ya en la pequeña ciudad. Jack O'Neil

vestía más elegante que de costumbre. Tenía una cita en la brigada y le acompañaban su hija y Laura.

Ya era oficial: Laura iba a ser su esposa.

También era oficial su nombramiento, por eso se había vestido de forma distinta.

Frente a la brigada, le esperaba el teniente Mike Farell.

—Luego no tendré tiempo, Jack —le abordó—. He aceptado un puesto en la brigada de Hennesville. Me agradecería trabajar contigo, pero te he causado demasiadas molestias.

—Ya están olvidadas, Mike. Te portaste bien.

—Me desperté demasiado tarde... Un buen policía no debe sentir jamás envidia de sus compañeros.

—Te digo que está olvidado. Pediré que te quedas.

—No, por favor. Me incorporo esta tarde, pero antes, todavía tienes algo que disculparme.

—No hay nada que...

—Sí, Jack... Lo del encendedor... Tu encendedor. Lo tenía yo por casualidad. Lo perdiste un día y lo recogí para dártelo. Fingí haberlo encontrado allí para desconcertarte... Y hay más —añadió, antes de que Jack pudiera replicar—. El informe de Laura. Lo pedí yo.

—Laura no tiene nada que esconder.

—Ya lo sé, pero quería dar la sensación de que te encontrabas minado. Para que..., para que... En fin, quería que renunciaras... Pero ahora te digo que aunque me hubieran dado, el puesto a mí, no hubiese aceptado.

—Bueno es reconocer los errores, Mike... Dame la mano. Serás un buen policía.

—Espero serlo. Adiós y suerte.

Farrell se alejó. Dejó a Jack con las dos personas a las que más quería en el mundo y con ellas, entró en la brigada. Le estaban esperando...

Fue una ceremonia breve. Le dieron el cargo de capitán. A partir de aquel momento, iba a ser el jefe superior de policía de la ciudad.

Lo primero que hizo fue quemar unos papeles. Unos documentos que comprometían a mucha gente que hasta entonces había tratado de vivir con honradez, pero que una chantajista había cuidado de recordarles su pasado, en su propio provecho.

Miró las cenizas cuando se aproximó su ayudante Watson.

—¿Algo importante, jefe? —preguntó, mirando el breve fuego.

—Nada, Watson. Basura. Bueno. Hay que empezar a trabajar...

Una llamada. La primera desde que había tomado posesión del cargo. Era su hija. Tras la ceremonia, había ido al hospital a ver a Paul Bennet.

—Papá. Paul ha empezado a levantarse. Me ha pedido que me quede a comer con él. Si no te importa.

—No, Jennv. No me importa —respondió—. Y da recuerdos a Paul.

—Sí, papá. Lo haré de tu parte.

Pensó que su hija había crecido más de lo que él imaginaba, y pensó también en sí mismo, por eso llamó a Laura.

—Hoy no hay mucho trabajo. He pensado que podríamos comer juntos... En mi casa. ¿Qué tal cocinera eres?

—Procuraré esmerarme, Jack —fue la respuesta ilusionada de Laura.

Sí. Una nueva vida estaba empezando... para todos.

FIN

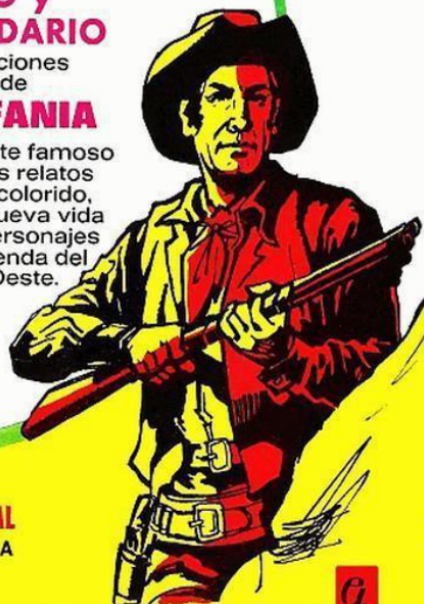
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

